

VORTICE

*...Y PARA SER TOTALMENTE HOMBRE ES
PRECISO
RECONOCERSE TOTALMENTE DÉBIL.*

Un buen obispo debe ser intachable,
sabio, prudente, y marido de una sola mujer.
(San Pablo, Ia. Epístola a Timoteo)

Querétaro, la tarde de un Viernes Santo del año de 1948.

Atardecía. Tonos glaucos predominaban en la hora indecisa del crepúsculo, vistiendo de una perlada neblina las montañas circundantes, cuya sinuosa efigie rasgaba a trechos la imperturbable bóveda del cielo.

Aquel viernes santo, Querétaro aún dormitaba sumergido en ese bochornoso letargo que se inicia al final del medio día y se prolonga en el mes de marzo hasta el anochecer.

Las calles entibiadas guardaban en su adoquín rosáceo o entre las piedras pulidas y brillantes del empedrado el hálito del sol, mientras que los postreros rayos del astro ensayaban a iluminar y obscurecer la plumiza cantera de las casonas provincianas o el mosaico azulado de las cúpulas.

Una apacible modorra pululaba en los portales y se había adueñado del único café abierto –sin clientes y sin voces– donde el aburrido mesero con los codos puestos sobre el mostrador leía desganado un periódico viejo.

Los balconajes con sus ornados antepechos de herrería y visillos ribeteados de encaje, y los portones macizos provistos de las viejas aldabas en forma de manos, permanecían cerrados.

Silenciosas estaban las plazuelas y el centro de la población, solitario.

Querétaro semejaba a una ciudad fantasmal, deshabitada, como una de aquellas poblaciones que erigidas al inusitado impulso del descubrimiento de una mina, conocen el auge por unos años, para luego ir a desgajar su fugaz esplendor convirtiéndose en un montón de escombros desolados y magníficos, mudos testimonios de su efímero progreso.

Pero realmente no era así, porque en las calzadas de la Alameda Hidalgo, una docena de inquietos chiquitines se llamaban con gritos agudos, poniendo una nota de vida entre las vitrinas apagadas, los comercios cerrados, los automóviles estacionados frente a las aceras y las calles sin una sola alma.

De vez en cuando un vientecillo ligero, casi caliente, mecía el tupido ramaje de los árboles aledaños a la fuente de la Virgen del Pilar, entre cuyo follaje habían instalado sus nidos dos o tres decenas de gorriones, que con

estremecimientos de alas y monosílabos de trinos, cruzaban febrilmente el cielo impávido, casi transparente y sin nubes.

En la catedral de San Felipe Neri dieron solemnemente las seis y media y los relojes que aún funcionaban dispersos en torres y fachadas, en los templos de Santo Domingo, Santa Clara, Las Capuchinas, San Agustín, La Congregación de Guadalupe, Santiago, San Francisco y el Santo Nombre de Jesús, corearon su ejemplo. Luego, la luz agonizante, se tornó casi amarilla sobre las escalinatas del Teatro de la República, mientras matices anaranjados descendieron sobre el Palacio de Gobierno. Una mística languidez que se había enseñoreado en el paisaje, colmó los arcos pétreos del antiguo acueducto, y luego se fue disolviendo cual un halo fantástico en la casa de la Ecala, en el ex-convento de Santa Rosa de Viterbo y en los calmos callejones envueltos de romanticismo.

De pronto se abrieron los portones de la Casa de los Perros y acto seguido de los anchos zaguanes y de las puertas estrechas fueron saliendo las familias vestidas de riguroso negro, encaminando sus pasos hacia el templo del convento de La Cruz.

Transcurridos unos instantes y llamados por una señal inaudible, se fueron uniendo numerosos grupos de feligreses conformando el más heterogéneo conglomerado: señoras distinguidas cubiertas con mantillas negras y mujeres del pueblo enrebozadas, muchachos impúberes a quienes los mayores imponían silencio a cada rato, recordándoles agriamente que se trataba del más importante día de guardar; caballeros de chaleco, leontina y sombrero hongo junto a campesinos rudos, pueblerinos, vestidos con los toscos ropajes de su oficio, pero a quienes un pronunciado rozamiento con su conciencia había dejado meditabundos aquel día en que se recordaba el más horrendo crimen de la humanidad, consumado nada menos que con el Hijo de Dios; jóvenes que marchaban al lado de sus primas, sus hermanas o tal vez sus novias, sin atreverse a tocarlas ni tan siquiera con los codos, pequeños grupos de muchachas que con aire enseriecido, poco maquillaje y portando vestidos sin escote y largas faldas, hacían sonar rítmicamente los tacones de sus zapatillas altas sobre las baldosas.

Todos acudían al oficio religioso, y aunque las campanas habían enmudecido proclamando en el silencio del metal el luto de las cosas materiales, el inapelable llamado de la devoción los hacía puntuales.

En la iglesia del ex-convento de La Cruz, tras de cuyos muros, aquel idealista mexicano, oriundo del lejano Schonbrunn, había pasado las últimas

horas de su vida, antes de ser conducido como un vulgar criminal hasta el patíbulo del cerro de las Campanas; una verdadera muchedumbre de fieles se había congregado contrita y doliente para escuchar el Sermón de las Siete Palabras, que como se había anunciado correría a cargo de un afamado predicador, que aunque nacido allí, su elocuente verbo lo había llevado hasta la misma Roma, en donde había permanecido más de diez años, desempeñando importantes cargos entre la alta curia vaticana y que ahora retornaba a su terruño, después de haber sido llamado a predicar en muchas diócesis de la República, donde el dardo catártico de su palabra había sacudido las conciencias más enmohecidas, ablandando los más endurecidos corazones gangrenados de materialismo, y excitándoles provisto de la luz evangélica al arrepentimiento y a la resurrección de la fe.

El acontecimiento religioso convocó a la católica sociedad queretana a escucharlo, y por lo tanto no predominaba en el templo anticipadamente abarrotado, sólo la gran masa tosca e ignorante del pueblo, que apenas si medio conseguiría apreciar la sabiduría y el genio del famoso orador sagrado, sino que a su vez, atraídos por su prestigio insuperable habían acudido también las familias más prominentes de Cadereyta, Xalpa, Tequisquiapan, Colón, Amealco, Bernal, Matamoros, Tilaco y San Juan del Río; sin faltar por supuesto los agricultores ricos, propietarios de prósperos viñedos, los ganaderos también acaudalados dueños de toros de lidia, vacas de ordeña y caballos finos, así como comerciantes de granos y hasta de ópalos, y a su vez notables profesionistas de la medicina, el derecho y la pedagogía.

Pronto el templo se colmó de feligreses, al grado de no haber ni un alfiler, y hasta dos centenares de retardados tuvieron que contentarse con permanecer de pie en el atrio desde donde se disputaban un sitio que les permitiera presenciar la ceremonia, y sobre todo escuchar el sermón.

La iglesia lucía sin adornos, y en la desolada majestad del altar mayor sólo presidía austero y severo, el símbolo del amor y del sacrificio: el tosco leño de la cruz; sobre cuyos brazos pendía un lienzo blanco, mientras a sus pies, recibían el sangriento cadáver del justo los brazos amantes de María flanqueada por Juan, el discípulo predilecto y por la cortesana arrepentida que con los cobrizos cabellos desarreglados y el rostro contrito, asistía doliente a la madre dolorosa, cuya pálida tez alojaba la terrible angustia de la madre herida con siete puñales; aquel cuadro plástico alumbrado por la chisporroteante luz de los cirios no podía ser más trágico y conmovedor.

No había humo en los incensarios, ni luces, ni flores, ni custodias resplandecientes o manteles con filigrana, sólo aquella penumbra austera haciendo más densa la negrura del manto virginal, más espantosas y espantables las heridas del Nazareno, más avergonzados los rostros de los santos semi-cubiertos con los mantos morados de la penitencia, más tétrico el sagrado recinto, en cuyas desnudas paredes, la única pincelada de color, era un Vía-Crucis descubierto, destinado a recordar a los hombres el camino del Gólgota.

A las cinco para las siete, el calor se había intensificado y las mujeres procuraban abanicarse con los pañuelos. La iglesia, pletórica, retornaba a sus buenos tiempos, su consistencia a prueba de centurias y de cataclismos, de descubrimientos científicos y de profundas transformaciones sociales, alimentada por su renovación continua de sangre joven y alumbrada por la inapagable antorcha de la fe; benigna y severa, misericordiosa e intransigente, institucional y contemporánea, volvía a imantar a los creyentes que retornaban a ella, como las bandadas de peces asustadizos buscan refugiarse ante la amenaza de un peligro mudo, de una voz sin sonido o de un magnetismo poderoso, en las profundidades del océano.

Al fin a las siete en punto dio comienzo el oficio, y aparecieron en el altar mayor hieráticos y mustios los integrantes del cortejo sacerdotal, escoltando a su obispo, que portaba los sagrados ornamentos de la penitencia en color violeta y que con el rostro impenetrable y austero, dirigió unas breves oraciones y fue a sentarse en el prominente sitial izquierdo precedido por dos graves ministros.

Fue entonces cuando del abombado vientre el púlpito, brotó la gallarda figura, mística y elegante del afamado predicador, de aquel padre Miguel, sabio y famoso, admirado y magnífico. ¡Oh! ¡El célebre!

-II-

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo –dijo el Padre Miguel– haciendo la señal de la cruz.

Muy amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo ...

Era de mediana estatura, más bien delgado, tenía la tez blanca y los cabellos castaño oscuro casi lacios le formaban una onda que descendía en ocasiones por la frente hasta el inicio mismo de la nariz recta y que con un ademán rápido solía apartarse, descubriendo entonces una frente amplia donde seguramente debían almacenarse entre un intrincado laberinto los archivos de aquella prodigiosa computadora que retenía los vastos pensamientos, las citas en latín, los ficheros de la teología, y la prodigiosa palabra del Altísimo hablada por la boca de los patriarcas y de los profetas; y luego magistralmente transmitida por el dulce Rabí galileo. Sus ojos negros y profundos poseían ese brillo extraño, de los verdaderamente inspirados de Dios, mientras los labios sumisos y desnudos de bigote proclamaban haber sido hechos para la consumación de la palabra convincente ... o tal vez para el éxtasis del beso. Las orejas, que eran pequeñas y aparentemente mustias, aunque despiertas a las confesiones, se abrían pendientes a las quejas, a las dudas, a los más horribles pecados ... pero eran igualmente sensibles a las melodías suaves que coreaban las hijas de María, o a los crescendos formidables del órgano que sonaban como las verdaderas fanfarrias de Dios proclamando la insuperable majestad de su inmensa gloria.

En aquel polifacético temperamento de héroe y de loco, de artista genial y de sabio, se bifurcaban convulsos y posesivos los gérmenes de dos atracciones absorbentes y hasta neuróticas: el misticismo por Dios, la pasión por la belleza.

Cuando predicaba, su voz, como la de un actor experto, se modulaba con una contrastante gama de matices, que a veces pretendían simular el rayo atronador que agrietando el cielo retumba agigantado en las llanuras, pero que en otras ¡Oh prodigiosa dicotomía! semejava remedar el suave murmullo apenas perceptible, de un hilo de agua mansa deslizándose pacientemente entre las piedrecillas azules en el lecho de un río, o entre las musgosas laderas que van a desembocar en las llanuras fértiles.

El padre Miguel solía reafirmar las palabras con la ayuda del gesto, con la mímica del ademán exacto; sus manos blancas y finas, manos de

pintor o quizás de pianista, concluían en unos dedos alargados hechos para fundirse entre el marfil voluptuoso del teclado, o para pulsar los delicados pinceles, que como preciosos instrumentos, dibujaran las líneas finas, los colores desvanecidos, los rasgos sombreados; manos de artista propias para recrear los bucles rubios del niño Jesús en el apacible regazo de Belén, pero que a su vez podían describir las gelatinosas escamas de los monstruos de la vanidad, la desobediencia, el vicio o la crueldad.

¿Quién no era capaz de conmoverse ante su diáfana palabra opulenta y magistral?

¿Qué ojos tan secos lograrían contener avariciosos y egoístas el caudal bienhechor de las lágrimas?

¿Qué corazón tan cerrado no se ablandaría ante el inapelable llamado de la palabra divina?

Psicólogo intuitivo, observador perspicaz, apenas conseguía impresionar a su auditorio se entregaba sin reticencias a la exhortación; entonces, su rostro se transfiguraba, los ojos soñadores lanzaban llamas, y la voz quebrada o imponente, estrepitosa o tierna parecía brotarle de los miembros, de la frente, de entre los dedos, de los mismos poros de la piel; era, tal si aquella oratoria cataclítica fuese la apoteosis del oleaje de un mar que no acabara de caber en su molde inabarcable y se lanzara impaciente y anárquico, frenético y voraz a invadir los hemisferios entre los estertores fulminantes de un segundo diluvio.

Entonces, el torrente de los sollozos brotaba, las conciencias desenmascaradas, despertaban de su letargo engañoso y comodino y los oyentes empequeñecidos ante la enormidad de sus pecados, aterrados de su crueldad, horrorizados de sus humanas debilidades, se golpeaban contritos el pecho, ansiosos de gritar sus aborrecibles culpas, de implorar el milagro eternamente renovado de la misericordia de Dios, y arrinconados en el arrepentimiento, suplicaban el baño piadoso de la confesión, recordaban las oraciones infantiles, imploraban a los santos la intercesión y besando el manto de la Virgen le suplicaban que intercediera por la gracia del perdón; y así, con las rodillas acalambradas, las manos unidas, humillados y llorosos reanudaban la tantas veces incumplida promesa de robustecer su fe, de huir de las tentaciones demoniacas, de abominar del alcohol embriagador, de las seductoras caricias de la querida complaciente, o de la hetaira que alquila con su cuerpo la ocasión de pecar y aplacaban sus rencores reconcentrados, sus turbias antipatías, menguando su tiránica voracidad por los bienes

materiales y hasta llegaban a condonar deudas y a tocar con repugnancia el dinero, en tanto que recordaban las sabias advertencias del sacerdote: *Las mortajas no tienen bolsas. ¿A qué afanarse por almacenar la riqueza, si a la hora de la muerte sólo nos será permitido llevar consigo las buenas obras, la amistad con Dios y la paz con nosotros mismos?* Y hasta los más codiciosos cedían. Lograda la conversión, el predicador se trocaba en un auténtico apóstol, el sacerdote exaltado se hacía apacible, amable; y el aguerrido defensor de la fe, capaz de aniquilar una blasfemia con la punta de una espada, tornaba nuevamente a ser el presbítero manso, el ministro de la palabra, y aunque era también un intuitivo conocedor de la compleja y traicionera naturaleza humana, y seguramente un pobre pecador más, su propia experiencia le servía para saber cómo convencer a los pecadores; y sabía tanto, porque debió haber sufrido mucho.

Niño aún, había probado las desabridas ensoñaciones místicas, sus ojos habían escudriñado en vano las visiones que no llegaron, su pecho se estremeció ante la proximidad de los milagros inconsumados, sus rodillas se habituaron a cargar el peso de su cuerpo y sus labios aprendieron a musitar las plegarias antes que a recitar el abecedario.

Su madre, casada con un hombre libertino a quien la infidelidad se le había vuelto galardón y costumbre, incapaz de atraer al marido al marchito redil de sus encantos huidos, perdedora crónica, predestinada al fracaso en la desigual lucha con las amantes jóvenes y frescas, desaburridas, complacientes y desprejuiciadas, se refugió en los menesteres de la iglesia a la que servía con denuedo convirtiendo a su único vástago en un religioso sin alternativa. Atormentada siempre por la amenaza de la condenación eterna, la infeliz mujer, impotente para contener la pecaminosa lascivia de su esposo, se dio a la tarea de buscar al menos, la salvación de su hijo, destinando su educación con miras a cumplir su principal propósito: servir a Dios.

Así el pequeño fue inscrito en una escuela católica donde la piedad se calificaba antes que el aprovechamiento, y apenas concluyó la enseñanza media ingresó al seminario, donde transcurridos tres años, empezó a dar muestras evidentes de un descomunal talento, que causaron al principio asombro y después regocijo entre sus profesores.

Aquel adolescente cuyo fervor y obediencia le habían valido los halagos, las felicitaciones, la predilección aun de los más exigentes mentores, venía a engrosar por la gracia de Dios, las filas de los aguerridos soldados de Cristo, de las auténticas infanterías de la fe, de los pastores celosos del rebaño, o tal vez de los valientes misioneros; así con renovado e infatigable

empeño sus maestros se dieron a la enorme tarea de adoctrinarlo enseñándole cuanto sabían: las etimologías, el latín y el griego, las matemáticas, la astronomía, la física, las lenguas modernas, la filología, la escolástica y la teosofía; lo obligaron a conocer a los griegos: Pitágoras, Antifón, Andócides, Iseo, Licurgo, Esquines, Hipérides, Dinarco y los grandes atenienses empezando por Transímaco y cuando apenas los había digerido debió seguir con los latinos: Virgilio, Séneca, Marco Tulio Cicerón, Ovidio, Plutarco, Píndaro, Estilón, Panecio, Escipión, Scaveola, Rutilo Rufo, Plauto, Dante y concluyendo con la patrística conoció las aguerridas defensas del dogma cristiano emanadas de Clemente de Alejandría y Tatiano.

Sin capitular un solo instante fue obligado a administrar su vida, su tiempo y hasta sus pensamientos, estudió Historia con Tucídides y Herodoto, Filosofía con Aristóteles, Platón y Sócrates; Erudición con Oseo, el Arte del Sofisma con Lisías, Retórica con Dionisio de Halicarnaso y las célebres epístolas de tono familiar con Horacio, y entre aquella verdadera avalancha del conocimiento ahondó en la más importante asignatura: la Teología. Miguel profundizó en el Decálogo, en los Mandamientos de la Iglesia, las bienaventuranzas, las obras de misericordia, deteniéndose en los conceptos de virtud, pecado, gracia, justificación y salvación, así como en dogmas y cánones; se adentró en las versiones de los cuatro evangelistas, meditó en la Biblia cuyos sangrientos episodios del Antiguo Testamento lo llenaron de desconcierto y confusión y en los escasos minutos que le dejaron libres tantos deberes, en la penumbra de su celda apenas alumbrada por la luz amarillenta de una vela, o bajo la refrescante soledad de los corredores envigados entre macetas de helechos y de malvas multicolores leyó: Los Hechos de los Apóstoles, los Evangelios Apócrifos, La Historia de los Padres de la Iglesia, incluyendo a Epifanio, los diecisiete tomos de la Congregación de los Predicadores, las biografías de los Papas, desde la donación de Pipino el Breve hasta la pérdida de los Estados Pontificios en la época de Pío IX y la creación de la ciudad del Vaticano por el tratado de Letrán en 1929, las narraciones de las cruzadas, las vidas de los santos y de los mártires, las proezas de los misioneros mutilados bárbaramente por los brutales despotismos del Asia mahometana o victimados a causa de su abnegación sirviendo en los leprosarios pestilentes en algún rincón del África y para terminar, como digno corolario, Miguel se asombró por la destrucción de la biblioteca de Alejandría ocurrida durante un incendio durante la ocupación de Julio César, que convirtió en cenizas más de setenta mil volúmenes que sumados al acervo de la biblioteca de Pérgamo que Marco Antonio hizo llevar a Egipto, constituían la síntesis del saber hu-

mano; los restos de aquella obra portentosa fueron liquidados por el fanatismo, intransigencia e ignorancia del sultán Omar, que terminó de destruir en el año 641 lo que había sido rescatado del incendio, incluyendo la biografía de Cristo, escrita por Flavio Josefo.

Así, ocupado entre el razonamiento y la retentiva, Miguel pasó su juventud, disciplinado, sumiso, concentrado en la meditación, casto, espiritualmente renovado por las confesiones minuciosas, respetuoso con sus superiores y condiscípulos, amable sin ser alegre, duro consigo y complaciente con los demás, dócil, sensitivo, puntual. ¡Era el modelo! aunque tal vez, en el fondo, ignorándolo hasta él mismo, ¡era solamente un soñador de sueños dulces! Su humildad, su eficiencia, su alma fraterna a la que ya no oprimía el egoísmo de la madre ausente inmersa entre la frustración y los celos, le valieron primero la admiración y luego la estima de sus compañeros, quienes a más de respetarlo, fueron anteponiendo la natural envidia que les motivaba para disputarse el favor de su amistad, el momento de su compañía, el privilegio de su conversación de la que siempre se aprendía, y sin proponérselo, se convirtió dentro de su comunidad en un adalid, sin deseárselo en un consejero, cuya influencia no pasó desapercibida ni aun al propio director, quien hábilmente sugirió tolerarla, pues veía en Miguel al inconfundible manejador de hombres y su piedad era digna de toda confianza; sólo el anciano obispo, intransigente e inconforme, quien parecía tener siempre un reproche a flor de labio y nunca se hallaba totalmente complacido de los provechos de los educandos de la fe, discrepó tercamente acerca del risueño porvenir que los mentores proponían, tal vez por el desmedido afán de aquel adolescente, de asombrarse hasta la devoción, por la belleza, pernicioso hábito que le distraía de las cosas graves de una religión austera. Y el prelado discrepó tercamente sobre el maravilloso porvenir que los mentores auguraban, y se mostró con el joven estudiante casi déspota y gratuito partidario incluso de la expulsión definitiva del seminarista, si bien, aunque sagaz, nunca pudo encontrar en el humilde y caritativo joven el adarme de una falta grave, y se puso a esperar, deseando en el fondo haberse equivocado, la cosecha abundante que aquel futuro siervo de Dios prometía para la gloria de su iglesia y para honra de su diócesis.

Muy pronto, aquellos hombres doctos en fabricar pastores de almas empezaron a vislumbrar entre azorados y cautelosos las extraordinarias aptitudes de su alumno para la conversión de los herejes, de los tibios, de los dudosos; mediante la convincente y lógica argumentación de su palabra.

De aquel cerebro superdotado, podría obtenerse con los años no sólo el evangelizador combatiente, sino el implacable destructor de las creencias contrarias a la fe. Y también le dieron armas para esa lucha. Mucho antes que al resto de sus compañeros le abrieron las puertas de la biblioteca, permitiéndole ahondar en las doctrinas hinduistas y brahamánicas a través de los Vedas y de los Upanishads, judaicas mediante el Talmud y el Deuteronomio, islámicas con el Corán en la mano. Compartió demasiado temprano los fundamentos del budismo, las doctrinas panteístas del Indostán, del sintoísmo japonés, del sufismo, yainismo y sikhismo y más tarde las desviaciones mismas de los cristianos, tales como el gnosticismo enunciado por Bacilides y Valentín y combatido tenazmente por sus opositores Hipólito e Irineo, el maniqueísmo refutado por San Agustín, las profundas divergencias motivadas por las herejías de Lutero el acérrimo enemigo del celibato sacerdotal, las traiciones de Swinglio y las tretas sinuosas de la fundación del puritanismo anglicano derivadas de la criminal lascivia del rey Enrique VIII de Inglaterra; y contenidas en los 39 artículos oscilantes entre el catolicismo y el calvinismo que dieron lugar a las iglesias: anglicana, escocesa, metodista, reformada, episcopal, congregacionista, presbiteriana, más o menos derivadas del Book Prayer, libro escrito en 1579 y propulsor del racionalismo y el modernismo, condenado en la encíclica Pascendi en 1907.

Con igual interés le enteraron de los discrepantes conceptos de los ritos oriental, armenio, bizantino, caldeo, copto, maronita, Chipre, Constantinopla, siriaco y de los emanados del cisma de Oriente ocurrido en 1378 y que dio lugar también a la creación de la iglesia ortodoxa rusa y griega apartadas del juicio docto y sano de los auténticos herederos de los apóstoles.

Con no menor interés indagó las torcidas filosofías de Rovsseau, Nietzsche, Voltaire, Darwin, Drapper, Spinoza, Schopenhauer las teorías casi heréticas de Freud y los controvertidos conceptos del esoterismo de los rusos: Helena Blavatsky, Gurdieff y Ouspensky.

Miguel acudió a la sabiduría contenida en los 21 concilios celebrados, los ocho primeros griegos incluyendo el de Nicea en el año 325, el de Efeso y los de Constantinopla y examinó atentamente las inapelables enseñanzas emanadas de los 13 concilios de la iglesia romana que comprenden los de Letrán, Vienne, Lyon, Basilea, y Ferrara-Florenia y pusieron fin a los cismas, respaldando la autoridad papal.

Reverente se detuvo ante las fundamentales conclusiones del Concilio de Trento, celebrado en 1545, donde a la luz del Espíritu Santo fueron

satisfactoriamente solucionadas las incipientes dudas y equivocaciones, engrosando a la auténtica religión de Dios su carácter ecuménico y afianzando con la inspiración divina del dogma la simiente universal de la verdad, alimentada por las posteriores encíclicas papales, el *Rituale Romanum* y el Código de Derecho Canónico promulgado el 19 de mayo de 1918, y sólo al final, entre consternado y sorprendido ahondó en el purísimo manantial de la biografía sin paralelo, se conmovió ante la sumisión de la Virgen, la cándida aceptación de José, apreció las toscas reverencias de Juan el Bautista y se sublevó ante la crueldad de Herodes; y llorando de alegría y de ternura vio emerger como brotada del libro la figura dulce, diáfana y sublime del Redentor iniciando su vida pública con la búsqueda de sus seguidores mostrándose siempre como un insuperable ejemplo de obediencia, sacrificio y abnegación, Miguel sollozó solitario entre la dulzura de cada frase, grabó en su mente limpia cada enseñanza, desprendió para su corazón cada parábola del Sublime Maestro y se enterneció mil veces por ese caudal de inagotable misericordia, por esa compasión sin límites; y entre cautivado y dichoso se imaginó asistir al Sermón de la Montaña, esencia, síntesis y gloria del cristianismo.

Atleta del deber, campeón de la virtud, aprovechó con avaricia hasta la última gota de energía, la postrera luz de la tarde, el fugaz minuto de sus ocios inocentes, y cuando despertó cumplía ya casi los veintidós años, y hasta entonces se acordó que nunca había tenido tiempo de amar.

-III-

Hermanos ...

Volvió a repetir el padre Miguel, esta vez intensamente pálido. Un polvillo dorado flotaba entre los últimos rayos de luz que atravesaban los vitrales hiriendo los ojos extasiados de la pelirroja Magdalena; y el titán del verbo intentó volver a hacer la señal de la cruz, buscando con aquel simbólico gesto, atraer para sí el ansiado don de serenarse. Se miraron. Sin buscarse los ojos se encontraron de pronto. Ella tembló, mientras sus labios perdían el alma, él, bajó los ojos rápidamente para reprimir la delación de la sorpresa, mientras sentía cómo un vértigo epiléptico intentaba arrebatarle de la imantada gravedad de la tierra. Creyó que se iba a desmayar, y el miedo se esparció por todo su cuerpo, el viejo y conocido miedo aniquilador y obsesivo, el mismo miedo pegajoso que le hacía perder el control de sus sentidos, de sus nervios dislocados, cuando el anciano obispo, escrutador y desconfiado, visitaba la casa de estudios y lo mandaba llamar para intentar arrancarle su secreto; y él negaba asustado y convulso, como el apóstol debió haber negado a su amado Maestro en el patio de Caifás, temeroso de que el prelado le conminara bajo la grave amenaza de mentir en confesión, a reconocer cuánto la amaba.

Y aquella tarde la poesía del sufrimiento se volvió a asomar en su camino. Miguel recordó las numerosas ocasiones que aquel rostro había llenado su corazón y su pensamiento, pero ahora no se trataba de la imagen casi fantástica, del sueño acariciado, de la engañadora visión hija del delirio, sino de la presencia evidente, cercana, provista de esa majestuosidad enervante, embriagadora, que sólo es capaz de producir la proximidad de una mujer a quien se ha amado intensamente.

A través de los años y la distancia, aquella pasión indómita, vivida hora tras hora, punzante y aniquiladora, había reclamado aquel rostro, embelleciéndolo en el recuerdo, idealizándolo con la ausencia, acentuándolo con la devoción. Y de pronto, cuando después de una década de ausencia, había conocido un poco de alegría en su triste existencia, cuando volvió a contemplar casi asombrado el suspirado solar nativo, a pocas semanas de haber arribado de las tierras lejanas donde lo había llamado el deber, sumiso siempre a la disciplina incondicional de su ministerio, había sido designado para pronunciar el sermón del Viernes Santo, precisamente en aquella ciudad relicario de sus recuerdos, cofre intocado de sus fantasías, de sus

ilusiones inocentes, que apresaba en cada calle los delirios de su amor insepulto, y he ahí que el destino, ese despótico amo de los hombres, terriblemente cruel, ese sino misterioso e implacable que apenas hacía unas horas lo había arrojado a los brazos maternos, y que con aparente indiferencia le había permitido estrechar a algunos amigos y conocidos; le había deparado en su primera aparición en público, la más excitante de las sorpresas y he aquí que apenas puso un pie en la cátedra sagrada encontraba lo que más había querido y ¡oh paradoja!, lo que más temía.

Y aquella preciosa mujercita: símbolo y misterio, sueño y realidad, en cuyas pupilas turquesa anidaba esa dulce languidez que suele vestir a las rosas en la estación otoñal, surgía en aquella hora como un pájaro fugaz delicadamente posado sobre una rama, y cuyo canto sutil completara el embrujo, de la tarde entibiada.

Y Miguel volvió a aspirar aquel perfume ligero, inolvidable y conocido, que como una fragancia vaga, proclamaba discreto la ansiada presencia, mientras la viscera galopante que mide nuestros afectos, pugnaba por salirse de la camisa, sacudida por la más refinada desesperación.

El predicador guardó silencio unos segundos, tal si las palabras convertidas en arcontes se le hubiesen atorado en la garganta, y al fin, cuando con esfuerzos logró recuperarse de su desconcierto, paseó una mirada vaga, casi estúpida, entre la anónima muchedumbre de sus fieles compungidos, mientras él, carcomido de ansias, trémulo de gozo, de dolor, de los más encontrados y extraños sentimientos la volvió a buscar bajo el antepecho de la cátedra, y no obstante haber dudado al principio del prodigio; incrédulo y absorto; descubrió la rubia caballera tocada por una mantilla española de encaje plateado. Titubeó. Pero sus ojos bien abiertos se rindieron a la evidencia ¡Tan cierta y tan real que el burilador de las palabras, no hubiese encontrado jamás los vocablos para expresar lo que veía!

Habían transcurrido diez años, ¡diez años más largos que muchas vidas juntas! Diez años extenuantes, como marcados por la espantosa monotonía de un péndulo inexorable, cuya extraña vibración repitiera un nombre adorado: ¡Claudia! ¡Claudia! Tal si se tratara del idéntico y obstinado vocablo de un oleaje repitiendo su misma cantinela sobre una playa abierta, y entonces, entre el intermedio de un relámpago, o en el breve adarme de tiempo que brilla en el espacio la incierta luz de una luciérnaga, como obedeciendo al inapelable llamado de un conjuro mágico, o brotara de entre los pétalos de una flor cultivada en el jardín de un alquimista, o se formara de los aromas de un gas taumatúrgico ¡ella!, la recordada, la deseada, la

beldad huidiza, autora involuntaria del insomnio de sus noches; ella, la seductora, la dueña del encanto y de la gracia, de la sonrisa, breve y furtiva, pero radiante como un lucero al despuntar de una mañana de promesas; ella, recogida, inocente, casi mística, blanca y diamantina ¡demasiado bella para ser real! ¡Demasiado angelical para ser humana!

Hermanos ...

Repitió el presbítero, turbado y confuso, buscando las palabras para iniciar su prédica, que parecían haber huido de su boca, como huyeron al verla los pensamientos religiosos.

¡Ah, falso iluminado, devoto infiel, ministro embustero, traidor sin culpa! ¿Adónde se fue tu elocuencia? Clamó en su interior por Dios, desgarrado por aquel encuentro inesperado. ¡Pero Dios no descendió! Entonces, buscó sus ojos ¡Sus preciosos ojos azules! Y sintió llenarse de inspiración. Una voz interior le susurró que iban a estar juntos sólo el tiempo que alcanzara a durar su sermón. ¡Y se estremeció de dicha y de ternura con sólo imaginarlo! ¡Oh, qué espantoso sufrimiento: reabrir una herida para volver a quemar la carne, encontrarse para volver a separarse, hallarla una hora para volver a perderla una vida! ... ¡Ah!, la más sofisticada y agridulce tortura que escapó a la masoquista imaginación oriental.

Y el orador supo que ella permanecería allí, bajo el antepecho del púlpito, sólo mientras su voz armada de los más diversos y efectistas matices se escuchara, mientras brotaran de sus labios las citas en latín, mientras refiriera con intenso dramatismo, la más doliente historia, millones de veces relatada, pero la única que vale ser repetida, porque es la infalible panacea capaz de ablandar el endurecido corazón de los hombres, la única que los conmueve y los hace sentirse humildes y pecadores, pobres y miserables, pero al fin ¡verdaderos hijos de Dios!

El orador inició el sermón, pero el hombre se detuvo en el recuerdo. ¡Y el recuerdo le volvió a herir!

-IV-

Poco a poco se le fueron revelando los días grises cuando era todavía un interno en el seminario. Evocó su juventud. Se miró extático ante los altares recamados de oro, de santos asustados y asustantes, de hemiciclos de apóstoles barbudos, de profetas semi-dementes, de vírgenes lagrimosas y pálidas, de monjes fantasmales y sombríos. ¡Oh! la policromía pomposa de los papas sosteniendo en la diestra sus encíclicas y bulas, las cariátides augustas de los mitrados, la decoración recargada de los innúmeros templos del Bajío mexicano, en donde soplaba aún el vaho glorioso de los siglos evangelizadores, de los misioneros, y alternando con ellos los artifices nativos desplegando con mística inspiración sus espléndidas aptitudes para labrar la piedra, su fanática potencia para erigir torres y cúpulas, arcadas y atrios, sillares y rejas, coros espaciosos, ábsides, presbiterios y fachadas majestuosas plétóricas de ángeles, de santos, abarcando todos los emblemas de las órdenes monacales, todos los símbolos cristianos, las coronas y los instrumentos del martirio, las capas pluviales, los báculos, los palios y hasta los nudosos cordones de los hábitos; y luego, como digno remate de aquella plenitud de la piedra tallada, esculpida, las maderas primorosamente labradas, el metal espléndidamente forjado, las cúpulas cuajadas de azulejos, y la magnificencia de los pinceles expresándose en las pinturas, hablando por el color, mientras los mármoles subliman a la carne y el arte todo, ostenta el triunfo glorioso de la iglesia a través de los siglos; exaltando con la solemnidad de las ceremonias litúrgicas el fervor de los creyentes, rememorando aquellas edades en las que los feligreses eran adictos, sumisos y resignados; y verdaderamente creían, y los ministros eran reverenciados y escuchados ¡Y el poder de Dios, temido!

Miguel se perdía en el dédalo de sus recuerdos. Se veía deambulando en los breves descansos que se concedían a los seminaristas, dentro de un pequeño patiecillo sin sol, y circundado de sombras, sombras de sotanas enlutadas, portadoras de ojos vigilantes que escudriñaban obsesivos hasta los más pequeños deslices del rebaño de los escogidos del Señor.

Recordó también las suntuosas parroquias recamadas con altares de oro, y las humildes iglesias de los poblados pequeños, incrustadas entremedio de los humildes caseríos, altas, heladas, tétricas algunas, continuamente inmersas en la penumbra, con los pisos gastados, los mosaicos descoloridos, los bancos apolillados, los altares polvorientos, los santos mutilados, los

dorados desteñidos, y en sus oscuras sacristías olorosas a incienso y a viejo; reposando dormidos, los misales romanos de pergamino que el uso desencuadró, las casullas carcomidas que fueron portadas para la pompa de las misas de tres ministros, los ornamentos descosidos, los órganos silenciosos con la maquinaria irreparable y a veces, en virtual contraste de aquella miseria de lo caduco, de lo envejecido, la frescura de las flores recién cortadas, perfumando los altares goteados de cera, abriendo sus pétalos frente a los santos sufrientes, reanimando las figuras estáticas de los vitrales incompletos, o las tiñosas estatuas de yeso y madera, cubiertas con ropajes enlutados, polvorientos, y ajados por el roce de las manos que los tocaron en pos del milagro, como los niños pequeños suelen jalar las vestimentas de la madre.

Y luego en contraposición de aquella decadencia, la casa de alegre apariencia, engañadoramente acogedora, e insinceramente risueña del seminario, con su interior poblado de cuadros y estatuas de ermitaños, prelados y monjes que nunca sonrieron, de religiosas maceradas por los ayunos y las penitencias, descoloridas y melancólicas como daguerrotipos antiguos; de Cristos agonizantes y maltrechos, atormentados y gimientes, con las carnes amoratadas, los huesos salidos y los hombros dislocados; unos marfileos, casi transparentes, otros sepías, alguno casi negro como si la sangre coagulada se hubiese obscurecido, ¡Ah! las representaciones religiosas concebidas para motivar la sensibilidad pueblerina, cómo lo conmovieron ¡Y cómo inquietaron sus años mozos, sus tiempos de estudiante, excitando arrepenimientos de pecados inconsumados! ¡Cómo poblaron sus noches de espantables pesadillas en las que el pobre adolescente que machacaba libros todo el día, pretendía buscar casi rendido, unas horas de reposo a su cuerpo fatigado!

Aquella religión erizada de sangre, de penitentes, de rectificadores en las postreras horas cuando se va el último suspiro del alma, cómo le turbaron; luego, en la penumbra casi tenebrosa de los ejercicios, detrás de cuya oscuridad parecía salir la ronca voz del instructor, los pobres estudiantes debilitados por el ayuno y el desvelo escuchaban empavorecidos los aterroizantes relatos por el ajuste de cuentas el día del apocalipsis en el juicio final, o los horrores de las hecatombes terrestres, motivadas por la justa cólera divina: los diluvios tremendos, la destrucción de las ciudades de pecado: Sodoma y Gomorra y sus imitantes, las pestes devastadoras, los destructores terremotos y el rigor sin olvido con que el terrible juez castigaría a sus ministros tibios, a quienes faltaron al deber, a los desobedientes... y a quienes no supieron guardar la castidad.

Entonces ¡Su amor, su indomable amor que era todo cuanto tenía, cómo le llenó de remordimientos, cómo sacudió su conciencia por lo que suponía eran faltas! Y resuelto a olvidarla, a no pensar más en ella, el pobre seminarista, modelo de franciscana humildad, de perruna obediencia, se exigía aún más pugnando por ser mejor; y creyendo agradar a Dios estudiaba con más ahínco procurando evitar el mínimo pensamiento que le distrajera aunque cuando menos lo preveía, en el momento no esperado, ella volvía a aparecer en las paredes desnudas de su celda, en el techo surcado de vigas, en las baldosas del piso helado, ella entrando por el enrejado de su ventana, colándose entre los ramajes de los árboles, emergiendo de las aguas del estanque, brotando del brocal del pozo ¡cómo el triunfo de un sueño que nunca se atrevió a soñar! Demasiado ideal para ser tangible, y demasiado tangible para poner en duda su realidad.

El colegio los enviaba los domingos a las parroquias de la ciudad para ayudar en sus múltiples actividades, incluyendo por supuesto: ayudar al celebrante en las misas, rezar el rosario, cantar en el coro, auxiliar en las ceremonias bautismales, repartir los avisos piadosos, colaborar en el ornato de los altares y solicitar el estipendio de los fieles, el óbolo indispensable para las eternas necesidades de la iglesia.

Aquel primaveral domingo de abril había amanecido particularmente radiante, y Miguel investido de su sotana negra discrepaba entre el colorido y sonriente entorno pleno de una jubilosa euforia de vida; desde temprana hora, armado de su charola se disponía a solicitar el estipendio para el culto, que mal se ha dado en llamar limosna; pero cuando iba a iniciar la misa del medio día, el muchacho sintió vergüenza de adelantar frente a la bellísima joven la consabida bandeja, y ella, tuvo que adelantarse hasta donde él, para depositar su moneda. Miguel, fingiéndose distraído y con los ojos bajos, quedó al instante hechizado ante el estupendo milagro de verla, y hasta debió haber enrojecido ante su proximidad, pero continuó su rutinaria labor, aparentemente ocupado en recolectar la precaria cosecha de los cristianos a medias, convenencieros, disimulados, avarientos para la dádiva del diezmo, aunque generosos y hasta dilapidadores con las cosas mundanas; pero en los escasos segundos de aquel furtivo encuentro, él, al contemplarla avanzar había captado la euritmia cintilante de su paso, la erguida distinción de su porte, la suavidad de su tez cuya aristocracia superaba a la de una flor de lys, la sin par belleza de sus facciones, de sus cabellos, de sus manos, ¡era la Eva! ¡La suprema y más perfecta obra de Dios, cuya magnificencia irradiaba como un derroche de encantamientos, envolviéndola entre un infinito haz de resplandores! ... cuando ella había entregado la moneda, Miguel dio las gracias quedamente, entonces su propia voz le pareció inaudible, tal si la mudez fuese parte de su asombro, y enceguecido por la luz de aquel rostro maravilloso que tenía algo de astral, siguió deambulando por todo el templo, ajeno ya a la ceremonia que se efectuaba dentro de él; luego, mudo y turbado fue a posarse en el umbral, frente a la pétrea fachada, esta vez para pedir la ayuda por los internos del orfanato, por los niños desamparados, que no sabían quién fue su padre, o que eran hijos de una familia imposibilitada de ampararlos, demasiado numerosa o tremendamente empobrecida; muchas veces eran también los frutos indeseables de un hombre que no quería hijos ajenos, o de una de aquellas infelices mujeres que habían caído

en las garras del alcohol o de la prostitución, de las abandonadas o repudiadas; entonces, el joven alumno rogaba para ellos la caridad en nombre de Dios, apelando a la segura recompensa de la Virgen, mientras recogía óbolos y demandaba oraciones. La misa había terminado y los feligreses, satisfechos por el deber cumplido, desalojaban el templo disponiéndose a degustar el helado, la golosina o la copa de aguardiente que propiciaba el apetito. Miguel vio venir a la joven nuevamente y cuando el sol la iluminó, aquella cautivadora belleza lo hizo exclamar un ¡Dios mío!, en donde se condensaba la gratitud más sincera y con ella, la admiración, el miedo ¡Y tantos y tantos sentimientos! ¡Y tantas y tantas emociones!, que el inquieto corazón del muchacho apenas podía dar cabida. Aquel cuerpecito de mujer: pleno, vibrante, donde cada partícula parecía derrochar vida, alegría, optimismo, lo emocionaron a tal grado que creyó desmayarse. La joven llegó hasta él, armoniosa en la línea, suave como la piel del durazno, dulce como una paloma, fresca como un rosal humedecido con el beso primigenio de la aurora, y con la sagrada beatitud de su juvenil asombro, envuelta en un candor alegre, inmersa en la dulzura que como miel dorada parecía despararramarse de su voz, alojarse en sus ojos, vibrar en sus palabras, fundirse en sus mejillas, titilar en su sonrisa, asomar entre sus dientes, incrustarse en su boca genialmente dibujada, en cuyo labio superior danzaba una graciosa y pizpireta voluptuosidad, que proclamando a la mujer, desmentía a la niña; indagó con la delicia musical de su voz:

–Padre: ¿dónde está esa casa de niños desamparados?

Y él se prendó del azul intenso de sus ojos como perdidos para siempre entre el asombro de una contemplación sin fin, se deslumbró de su tierna feminidad, se conmovió ante aquella alma noble que se interesaba por la suerte de los desposeídos.

–No soy padre –aclaró– sólo un estudiante del seminario. Si Dios me da licencia me ordenaré dentro de dos años. Y la casa de los niños está en Jacona, un pueblecito cercano a Zamora, en el estado de Michoacán.

–¿Y hay muchos niños? –preguntó.

–¡Muchos! Y algunos no tienen quién los visite.

Los ojos de la joven se humedecieron, pero ella reprimió el tibio caudal de las lágrimas, y Miguel levantó los ojos hasta ella para contemplar ampliamente la gracia de su rostro.

–Me encantaría ayudar –resolvió poniendo en sus palabras una sinceridad calurosa–, ¡lástima que estén tan lejos! –y dejó sobre la charola un billete arrugado.

–Dios pague su generosidad señorita –decretó Miguel– cuando vea a los niños les pediré que rueguen conmigo a Dios Nuestro Señor por usted...

–Claudia. Me llamo Claudia –agregó sonriendo y se fue alejando por el atrio.

Y él empezó a adorar en silencio aquella encarnación de lirio, y la evocaba toda la semana en el ensueño, mientras aguardaba con ansias inmensas el domingo para volver a verla.

Aquella devoción se llamaba amor, y se le incrustó desde aquel día cual una obsesión que ya nunca habría de separarse de su vida, y que al principio le pareció que había habitado siempre en él, como duerme el agua quieta en el lecho de un estanque.

Pero aquel Viernes Santo, después de más de diez años de no verla, y mientras predicaba, el agua mansa se transformó en tempestad.

-VI-

Y mientras volvía a hacer gala de su elocuencia, el orador sagrado recordaba:

–Se ha recibido una carta destinada a usted– anunció el prefecto, entregándole un sobre violado.

Miguel palideció, pero controlándose al instante aparentó serenidad.

El le había enviado una postal por Navidad que representaba al niño Jesús dando de comer de su mano a unos mansos pajarillos que le rodeaban cariñosos, ¿eran acaso los que el Divino Infante fabricaba con barro, modelándolos con sus benditas manos? La imagen no podía ser más conmovedora, y la joven correspondía su atención enviándole una tarjeta que tenía impreso un ramo de flores multicolores: violetas, pensamientos, amapolas y con elegantes caracteres le deseaba una festividad feliz y un venturoso año nuevo, no había una palabra más, ni la más leve alusión a sus efímeros encuentros.

El alumno dio las gracias y doblando cuidadosamente el sobre lo guardó en el bolsillo de la sotana, aquella misiva y otras más, las conservó siempre con la avaricia con que un prisionero debe atesorar la lima salvadora que puede conducirle a la libertad, aquella sencilla postal guardaba un minuto de su vida ¡De la vida de aquella joven que no le pertenecía, pero de la que nunca habrían de separarse sus pensamientos! Aquel pequeño trozo de papel poseía su letra y Miguel admiró la redondez de los rasgos, la manera como había conjuntado las palabras, y significaba además que ella le había recordado, que aunque hubiera sido un minuto ¡Un solo minuto en la duración de una vida, en la inmensidad del tiempo, ella lo había dedicado a él, y él, sólo él, era el dueño de aquel tesoro inigualable!

–Oh, Cristo, la hoguera de tu amor es inapagable. ¿Por qué la quieren aniquilar los hombres?

Su voz resonó amplificada bajo las bóvedas. El viejo obispo que con aire ausente de momia petrificada apenas había pestañeado, al escuchar semejantes palabras se volvió hacia el predicador. Al fin conocía cabalmente su secreto tan tercamente guardado y profundizando en las palabras, aquilataba desconcertado la oculta blasfemia. El padre Miguel no hablaba del amor divino, sino del amor humano, su elocuencia escondía como en el

astuto Savonarola el doblez herético, sólo que en el desdichado sacerdote no hablaban la desobediencia, o el conato del cismático que inducían aquella exaltación falsamente piadosa. ¡Era un demonio mucho más benigno! ¡El infatigable perseguidor de los curas! ¡Era el amor! Y el anciano prelado meditaba desde su sitial: sus precogniciones resultaban ciertas. El discípulo preferido nunca fue realmente uno de ellos, nunca fue un verdadero aliado de la iglesia. El disciplinado, el estudioso, el pastor incansable, humilde, respetuoso de la jerarquía, celoso del deber, nunca pudo llegar a ser un auténtico, un verdadero cura, simplemente porque no había nacido para ello. Y comprendió el tremendo conflicto de aquel hombre, y se explicó repentinamente sus silencios, sus vacilaciones, su fe desesperada, su devoción transida. Y lo compadeció. Desde su intransigente tosudez, desde su ancianidad solitaria, aquel ministro inflexible, se había ido ablandando con los años, tal si éstos hubiesen carcomido su severidad trastocándola en auténtica sabiduría, la sabia iluminación de la piedad ¡Y hasta se reprochó no haber sido suficientemente generoso con el abatido seminarista! Mas ¿qué sabía él de los conflictos del amor que nunca sintió, o que si acaso asomaron alguna vez en su temprana juventud los había olvidado? ¡Ah! ¡Cuánto debió haber sufrido desde entonces aquel vicario ciego crucificado entre el amor divino y el amor humano! Entre la necesidad de Dios y la tiranía de la pasión. Y él, su obispo, su confesor, su guía, había sido tan ciego, tan ignorante, tan torpe, que no había podido descifrar aquella alma, asomarse a aquella carne, penetrar en aquel espíritu doblemente atormentado, disputado por dos vocaciones violentas, por dos fuerzas terribles. ¡Cuán inútiles habían sus experiencias de confidente, su vano conocimiento de la psiquis humana de la que tan satisfecho había llegado a sentirse, proclamándose un agudo conocedor de esa compleja e indefensa criatura de Dios que llamamos hombre!

-VII-

El predicador había iniciado su sermón evocando la infancia del Niño Jesús en aquel Nazareth mítico, sujeto a la obediencia de sus padres y aprendiendo el trabajo manual en la carpintería de un José esenio, patriarcal y anónimo. Hablaba el poeta de la naturaleza, el paisajista que latía en él; y su relato pródigo en detalles pintaba el tranquilo escenario donde el Hijo del Hombre crecía en gracia y en bondad; Dios, el infinito proveedor de sus criaturas, les había donado después del paraíso al que destruyeron la curiosidad y la desobediencia, aquella Palestina fértil, tierra de leche y miel, en cuyo seno habrían de encontrar su sustento, y luego, haciendo acopio de Su inmensa misericordia había enviado a su Hijo Unico, el Reconciliador, para redimir sus culpas.

Y el Hijo obediente había aceptado compartir la miseria humana descendiendo hasta aquel país donde alternaban los verdes valles y los desiertos, el cedro y la palmera, el mar y el río.

El orador se explayaba, aunque para su interior recreaba otra geografía, aquel Querétaro, bajo cuyo cielo había ocurrido también otro prodigio, mucho menos célebre, pero inmensamente humano y caro a sus ojos, allí había nacido la más dulce, la más tierna y más digna de ser amada de las mujeres. ¡Y cual una mariposa ebria de luz, su inquieto espíritu giraba alrededor de aquel encuentro!

Desde aquel inolvidable domingo en que su presencia debió haberlo deslumbrado, como a un inocente polluelo asombra el mundo al romper la cáscara que lo ha cobijado, Miguel ya no tuvo jamás un solo momento de reposo y poco a poco se fue sintiendo invadido de una inmensa ola de tristeza, la irreconciliable tristeza de saber demasiado que aquella dicha, llamada Claudia, nunca llegaría a llamarse suya. Aquella jovencita pura y blanca cual el plumaje de un ave espléndida, transparente como el agua cristalina de un manantial, simbolizaba el pecado y la traición ¡Oh, qué etiqueta más absurda! Aquella aurora hecha carne, sinfonía triunfal y fascinadora, en cuya perfección Dios había volcado su innata vocación de esteta le estaba prohibida, aquel torrente de amor vuelto nácar, paradigma del más artista de los enamorados era la prohibida; y Miguel se llevaba las manos a la cabeza buscando atrapar la razón que se obstinaba en obscurecerse y optaba por quedarse ayuno de explicaciones, aguardando el domingo venidero presa de una ansiedad desmesurada, pensando en ella, miedoso siempre

de que sus superiores decidieran destinarle a otro templo, o darle otra comisión; entonces planeaba con detenimiento cómo abordar a los feligreses que se evadían con disimulo, y armado de su charola de pedigueño se esforzaba más cada domingo por acrecentar la cosecha, poniendo una amable humildad en la súplica, una gratitud tan sincera y conmovedora que la dádiva fluía y aun los menos generosos, atraídos por la simpatía que les inspiraba el seminarista, entregaban con alegría su donativo, mientras los buenos padres apreciaban con agrado, cómo a través de aquel discípulo aplicado y talentoso, el Dador multiplicaba también sus dones materiales.

Entonces llegaba ella. Su cuerpo joven la hacía aparecer siempre como aureolada de una majestuosidad encantadora, aunque vistiera ropas modestas.

Y volvían a encontrarse, a sonreír. Al principio sus conversaciones solían ser cortas, apenas un saludo, luego fue un breve comentario y solo algún tiempo después comenzaron por hablar de las ceremonias religiosas y de los festejos para los santos que se celebraban en los barrios aledaños, siempre acompañados de las ferias ruidosas con su inevitable cohertería y complementados con las sabrosas vendimias callejeras; una vez Miguel comentó cuánto le gustaban los buñuelos enmielados. —Yo los se hacer —se apresuró a responderle Claudia y le prometió que cuando tuviera un tiempo para prepararlos le convidaría, el muchacho incapaz de contener su entusiasmo le dio anticipadamente las gracias; y se puso a aguardar el día en que pudiera llevarse a la boca la golosina que hubiesen tocado aquellas manos preciosas, y se le endulzaba el alma recordando la dulce promesa; y cada domingo se inundaba de su luz y ella enternecida se conmovía de su ingenuidad; y mientras apresaba entre los dedos, el lavalle y el rosario se regresaba a su vez gratamente impresionada de su nuevo amigo.

Luego, el domingo se deslizaba fácil y sonriente para los dos, pero el lunes, cuando el alumno retornaba al seminario, se le veía triste, perturbado, con el ánimo flaqueante, y debía dividir su atención entre las clases, los libros, los rezos y toda aquella inacabable lista de deberes que cumplir, de obligaciones que no permitían distracción, y cuando al fin sonaba el timbre que anunciaba el descanso, el joven se alejaba de sus compañeros para disfrutar su soledad pensando en ella. ¿Dónde se encontraría en esa hora? Claudia le había dicho que vivía en un poblado próximo, al que habían bautizado como la Hacienda del Conejo, y aunque su casa no estaba distante de la provinciana capital, la vida era allí pacífica y tranquila, en contraste con la agitación de la ciudad, y él forzaba su imaginación tratando de supo-

nerse cómo sería la casa de la muchacha y por supuesto si tendría muchos amigos y hasta novio, y en su lecho de célibe, mientras ponía la cabeza sobre la dura almohada, pugnaba porque las lágrimas no se desahogaran en sollozos, luchaba por ocultar la fiebre que le quemaba, por disimular ante superiores y condiscípulos, llorando entre estremecimientos de ave agónica la renuncia de su primer amor, de su único amor, de aquel amor que había hallado para perderlo... y cerrando los ojos la contemplaba horas y horas con los otros ojos, los que ven al interior, los que horadan lo oculto en lo aparente y cuando el sueño lo vencía, en lugar de las pesadillas que antes atormentaron sus noches, Claudia le sonreía y la veía elevarse cual un lucero lejano que el pobre iluso se afanaba en tocar, mientras ella mucho más veloz se remontaba a una galaxia inalcanzable envuelta en un enorme velo de nubes aperladas, que le impedían ver el punto del horizonte donde había desaparecido, entonces una voz le advertía: –A las estrellas les es permitido habitar en el cielo, pero a los hombres sólo les es dado reptar en la tierra– ¡Y he aquí que la tierra estaba empapada de sus lágrimas! Otras veces soñaba que se había quedado aguardándola en la puerta de la iglesia, pero que ella no volvía nunca más, y él con la charola vacía, sin poder moverse, veía desfilar las estaciones, y se empapaba de lluvia, o se sofocaba con el sol, o las hojas secas de los árboles del atrio que caían sobre su sotana, entonces miraba hacia el interior del templo oscuro y vacío, y al no divisarla sentía una desilusión tan grande y empezaba a gritar su nombre ¡Claudia! ¡Claudia! ... Por fin sonaba el timbre, anunciando la hora de despertar y levantarse. Los seminaristas mañaneros debían dirigirse presurosos a cumplir el programa del día, como soldados puntuales a quienes nunca les es permitida la falta del desgano, su voz se sumaba a los rezos mientras se vestía, luego debía tender su cama y dirigirse a la ducha, los maestros puntuales vigilaban, apenas terminaban de afeitarse y ya estaban llamándoles a misa, aquella religión caduca y celosa llenaba hasta el último segundo de su vida y el estudiante, consciente de que sólo poseía el deber, el estúpido e inflexible deber, se entregaba a él con la desesperación de un suicida que se clava en la punta de una espada.

A veces en el jardín y aun en las horas de meditación entre el silencio de la capilla, Miguel se concedía una tregua y se imaginaba besar aquellas manos, rozar con los labios aquellas mejillas, acariciar aquel pelo rubio, y aspirar con refinada voluptuosidad su perfume, llenando con él sus pulmones, con la misma codicia que anhelaba colmar sus oídos de la música de sus palabras... ¡Ah! ¿Qué no daría por escucharla siempre, en lugar de la monótona cantinela del latín muerto, de la escolástica árida, de las voces

roncas de los clérigos? ... y caminaba compungido y pesaroso, arrastrando los pies hasta el refugio de su celda, hundido bajo el pesado infortunio que trituraba su vida, su conciencia, su corazón; luego, armado de un valor que no tenía, pensaba en renunciar, hablaría con el rector, discutiría con su madre, en último caso no sólo abandonaría el seminario, sino su hogar. ¡Qué digo!, incluso hasta Querétaro ... y se ponía a pensar que podría fácilmente obtener el apoyo y la comprensión de su padre, no muy amigo de tener un cura en su casa ... luego, cuando se iba a postrar en el reclinatorio para decir las oraciones de la noche, veía al Cristo agónico, crucificado por la indiferencia, la carencia de fe y la ceguera de los hombres, y sentía que se le desgarraba el corazón, no podía claudicar, no podía dar la espalda a aquel Jesús que jamás había dudado en entregar su preciosa vida por los hombres. Y retornaban sus remordimientos, sus dudas, sus temores, y volvía a ser el teatro de aquella lucha encontrada. De un lado su necesidad profunda, inaplazable de Dios; del otro, el hambre insufrible de verla, de alimentar aquel amor sin porvenir con miradas furtivas, con sonrisas desgajadas, con palabras inconclusas, con aquellas breves entrevistas de domingo, cuyo recuerdo le volvía tan feliz y le hacía tan desgraciado, y aquella dicha breve, que apenas duraba cuanto tarda la luz de un relámpago, la pagaba bien caro con los tremendos sentimientos de culpa que le punzaban toda la semana.

Algunas ocasiones, cuando parecía sumergirse, sin entender nada en la lectura de algún libro en la penumbra de la oscurecida biblioteca olorosa a moho y a papel viejo, Miguel disgustado por aquel drama interior que le oprimía, llegaba a creer que lo que había dado en llamar su amor, era probablemente el grito velado de la carne, pero después de un monólogo mudo, poblado de dudas, preguntas y respuestas, reaccionaba lúcido y razonador; entonces comprendía que su angustia no podía abarcar la voluptuosidad que nunca había conocido, que su enfermedad no era el deseo, que su tragedia no podía curarse en una casa de placer, uno de los sábados en que de vez en cuando les permitían a los alumnos dejar el seminario para regresar a sus hogares. ¡Aquello era algo mucho más fuerte, algo que no podría contentarse con tan poco! Y temblando buscaba el vocablo exacto para definir su padecimiento, repitiéndose muchas veces que podía amar porque era humano, porque Dios le había regalado con la vida misma una maravillosa capacidad de enternecerse, de conmoverse ante Su obra ¡Y ella era eso, la sublimación culminante de la obra de Dios! Otras veces, los sábados cuando no les era permitido visitar sus casas, los estudiantes al atardecer se entregaban a la euforia de un juego de pelota, con el que gastaban las energías que no había logrado mitigar la sal de nitro en sus alimentos, pero él prefería

pasear su melancolía entre las calzadas del jardín, y hasta le parecía que ella le enviaba su aliento entre el aroma de las flores, e imaginaba hallar en los suaves pétalos de los blancos alcatraces y de los lirios la suavidad de las mejillas de Claudia ... Y en cierta ocasión un maestro le sorprendió besando la corola de un tulipán. ¡Oh, pobre vocación débil, turbada por la más insana de las enajenaciones! ¡El iluso creía besar aquella frente pura, y era sólo una flor donde posaba los labios! Ya no recordaba la pueril excusa con que pretendió justificar su acto, y aunque no pasaron inadvertidos para sus superiores aquellos lapsos frecuentes de depresión, los atribuyeron primero a un agotamiento nervioso debido al exceso de estudio; y recetaron para el recluso una tregua de descanso, dispensándole de algunas obligaciones y aun llenos de paternal condescendencia le prodigaron con mucho mayor celo mil cuidados. ¡Era demasiado valioso para perderlo! No obstante aquellas excepcionales consideraciones le trastornaron más; haciéndole sentirse humillado, vencido, débil; como si el haberse permitido detenerse en la complacencia de las inclinaciones prohibidas, lo indujera a la traición..

Entonces, tratando de serenarse, se refugiaba en un libro con los filetes dorados que hablaba de las vidas heroicas y conmovedoras de los santos, pero las letras se desvanecieron cuando llegó el domingo y la volvió a ver, entonces, suspendió la lucha, capitulando en aquella guerra que libraba en su contra, reconoció que había caído irremisible y totalmente entre la más exquisita de todas las neurosis, la más refinada, la más mortal, la que no se cura nunca. ¡Y nunca la volvió a abandonar!

Un hecho sin embargo, vino a alterar la rutina de su vida, su madre había enfermado y demandaba casi histérica la presencia del hijo único. El permiso le fue concedido inmediatamente y se le conminó con el sincero pesar de toda la comunidad a permanecer a su lado todo el tiempo que ella precisara de sus cuidados; Miguel agradeció aquel gesto solidario y se alistó para incorporarse por unos días al hogar, aunque en el fondo deplorando que por algunos domingos tal vez no vería a la cumplida joven que nunca faltaba a la misa de las doce. Se despidió de sus superiores quienes con un gesto fraternal le hicieron ver que él formaba parte de una gran familia, la misma que iba a rogar todos los días por la salud de la enferma.

Miguel recordó aquella tarde en que llegó a su casa dispuesto a cuidar y acompañar a su progenitora, mientras de sus labios brotaba el inspirado caudal de su elocuencia.

-VIII-

Hacía por cierto una noche magnífica, tal si un espléndido lapizlázuli se hubiese desparramado por el firmamento. En aquella hora fresca y tranquila, un viento suave cual la caricia de un abanico, acarrea los perfumados efluvios del próximo Jardín Obregón.

Miguel y Claudia se encontraron por primera vez fuera del consabido atrio del templo, él había salido a la calle en busca de una medicina para su madre más nerviosa que enferma y ella caminaba grave y pensativa, en sentido contrario por la otra acera de la calle, pero al reconocerse, ambos se detuvieron y una amplia sonrisa se dibujó en los labios de la joven. Se saludaron amablemente y a Miguel le pareció que el azul de sus ojos se había vuelto más intenso en la penumbra de esa hora, semejándose al oscuro azulado de las turquesas, Claudia le alargó la mano para saludarlo y él, con el solo roce de sus dedos se sintió extremadamente dichoso de haberla tocado por primera vez, estaba turbado por aquel inusitado encuentro y apenas pudo balbucir unas cuantas palabras preguntándole cómo estaba, Claudia no menos confusa, le respondió que se hallaba en la casa de sus tíos que vivían en un barrio cercano.

—¡Qué agradable coincidencia habernos encontrado!

—A mí también me causa mucho placer verla señorita. No cabe duda que ha sido Dios quien me ha deparado esta inesperada sorpresa. Verá usted, mamá se ha sentido indispuesta estos días y me han permitido venir a cuidarla por unos días.

—Confío que no se tratará de nada delicado ¿Verdad?

—Afortunadamente no. Pero a mamá le gusta exagerar un poco sus dolencias y como yo soy su hijo único, pues debo acudir a su lado a consentirla ... aunque también desea que estudie ... y ya lo ve usted, no es posible hacer las dos cosas.

Habían andado unos pasos y cuando llegaron a estar bajo la luz de un farol, Miguel se quedó perturbado y mudo, entonces con un adorable candor Claudia le interrogó:

—Pero te has quedado mudo. ¿En qué estás pensando?

Aquel tuteo imprevisto lo llenó de regocijo.

–En que su cara se parece a la de la Virgen, señorita Claudia.

–¿Mi cara? repitió ella en el colmo del asombro.

–Sí. No de la Virgen que suelen recrear los pintores, sino más bien, como le diría yo, de la Virgen que yo me imagino dentro del alma.

Las mejillas de Claudia se tiñeron de púrpura.

–¡Qué idea, hermano Miguel! A nadie que no sea usted se le habría ocurrido decírmelo.

–¿Adónde va? –preguntó por hablar de algo.

–Regreso a casa de mis tíos. Vine a visitar a una amiga.

–¿Me permite acompañarla?

–Si no lo desencamino mucho ... –concedió ella, volviendo a tratarle de usted.

El iba a su lado intentando llenar sus ojos con la belleza de aquella joven sublime, encantado de aspirar la fragancia de sus cabellos.

–El lunes volveré al Seminario anunció con pesar.

–Lo dices de una manera –respondió ella, volviendo a tutearle– ¡cómo si fueras un chiquillo al que llevan al colegio a rastras!

Miguel se sonrió.

–Entre nos, la he pasado bastante bien estos días. Cómo que me hacía falta un descanso.

Caminaron algunas cuerdas hablando de cosas triviales, luego ella se detuvo ante una puerta de madera y se volvió para anunciarle.

–Aquí es. Muchas gracias por acompañarme.

El buscó su mano que parecía ser de marfil bajo la luz de la luna.

Se miraron largamente, y el amor que se transmite en secretas vibraciones unió unos instantes sus ojos, para separarlos después toda la vida.

–Me da mucho gusto haberte visto. Los huerfanitos de Jacona y yo pedimos siempre por ti.

–A ver cuando volvemos a encontrarnos para platicar otro momento –respondió Claudia– si no, hasta al domingo. Y haciendo girar su llave abrió la puerta.

En aquella corta frase tan sencilla Miguel entrevió una promesa de dicha: ¡Volver a verla! ¡Volver a encontrarla!

–Buenas noches señorita Claudia. Dios la proteja.

–Adiós Miguel –contestó ella y entrando en la casa cerró suavemente la puerta.

Y él había retornado a su casa con pasos cortos mientras su nombre le quemaba en los labios, sujetando con todas sus fuerzas el grito que pugnaba estallarle dentro del pecho: ¡Te amo! ¡Te amo!

Sobre mi vocación, sobre mis juramentos, sobre mí mismo ¡Te amo! ¡Había empezado a adorarla! Y la siguió adorando. ¡Increíble paradoja! cada día más y más, hasta que ya no le alcanzó a caber el amor dentro del pecho.

Cual una turba de aves marinas espantadas ante la inequívoca proximidad de un vendaval, los recuerdos afluyeron a su mente y sintió que las lágrimas le quemaban en las pupilas de sus ojos. ¡Oh! La inocente delicia del primer amor, cómo le inquietó aquellos días. ¡Cómo lo perturbó toda su vida! ... y los recuerdos le volvieron quebradiza y ronca su voz, y los oyentes supusieron que la estrangulaba la piedad religiosa:

Cristo reunió a sus apóstoles, y señalando al traidor con el pan mojado en el vino lo conminó a entregarlo: Lo que vas a hacer hazlo de una vez. Luego, volviéndose a los asombrados discípulos que le miraban sumisos y contritos les habló diciéndoles: Cuántas veces coman de este pan y beban el vino en mi nombre, lo harán en recuerdo mío y yo estaré con ustedes, y bendiciendo ambas especies dio gracias a Su Padre y los repartió, con el don infinito de Su paz y de Su amor.

¡El don infinito de su amor! ¡De su amor! ...¡De su amor!

Y sus propias palabras sonaron machacantes, martillando el cerebro del predicador.

¡Oh Cristo, la hoguera de tu amor es inmortal! ¿Por qué la quieren apagar los hombres?

-IX-

En la angustiosa soledad de Getsemaní, el Dios-Hombre afligido y temeroso, pero obediente y sumiso, suplicó al Padre, que si le complacía, le retirara aquel cáliz rebosante de dolor. Su cuerpo herido por la fiebre de la espera, tembló ante la proximidad del martirio, sus labios se entreabrieron, su frente sudó sangre ¡Y desde el silencio de la dura y fría piedra, gimió como un niño en la orfandad.

¡Como un niño en la orfandad! Dejó caer las palabras poniendo en ellas la profunda tristeza que le embargaba y Claudia se conmovió, bajo el encaje de la mantilla su rostro resplandecía y a la próxima luz de los cirios se iluminaron sus ojos húmedos de llanto. Su innata intuición de mujer horadaba las frases del orador, quien al mirarla se había vuelto a prender tras el vuelo retrospectivo de los recuerdos y de los años.

Aquella aurora de amor sobre la que el destino quiso cubrir el inmisericorde velo del imposible, resplandecía aún.

Pronto se sumaron a los encuentros de los domingos, los de los sábados por la tarde. Ella se había ofrecido a impartir esa enseñanza elemental del cristianismo, que se condensa en un libro que sin explicar nada, inicia a los niños en el dogma, según el padre Ripalda, y el cual se exige memorizar a los candidatos a la primera eucaristía.

¡Entonces se encontraron con mayor frecuencia! Bajo las naves plélicas de cuchicheos y de murmullos, la infantil concurrencia repetía con monótono sonsonete, los artículos del decálogo, mientras el seminarista fascinado de mirarla aguardaba con ansias que concluyera la hora del adoctrinamiento para acercarse unos instantes a la mujer que absorbía su pensamiento y su voluntad. Y allí, en el jardín rectangular que refrescaba el chorro de agua cristalina que se desparramaba de una musgosa fuente de piedra, bajo la simétrica arquería de los vastos corredores; Miguel y Claudia volvían a hablarse, mientras unos cuantos pájaros asustadizos volaban inquietos entre los ramajes y las voces de los chiquitines se iban extinguiendo y alejándose. Allí pronunció el seminarista las encubiertas frases de amor, entrecortadas y mustias. No eran las confesiones que arrebatan a la pasión, las que hablan con promesas del porvenir, demasiado sabían ambos que el futuro del muchacho eran el rezo, el estudio, la entrega a un celoso ministerio que conllevaba el desprecio y la renuncia a todo a lo mundano.

La religión no admitía componendas, ni concesiones, ni mucho menos aceptaba compartir la entrega que exigía a sus seguidores, el ministerio de amor no transigía en que éste fuera destinado a una sola persona, sino a todo el rebaño ... y no obstante, contraviniendo la sagrada consigna, Miguel se empeñaba en destinar aquella increíble capacidad de amor a una sola oveja ¡La más tierna! ¡La más dulce! Y por ello, precisamente, ¡La prohibida! Y sin embargo aquel amor que palpitaba en su corazón, que circulaba en su sangre, que anidaba en el protoplasma de cada célula de su cuerpo, entre una enfermiza floración de sueños entumidos, de ilusiones que ni siquiera alcanzaron a formularse, se negaba a extinguirse; aquel espíritu de artista enamorado de lo bello se rehusaba a abandonar el fantástico país de la quimera, y mientras los encuentros sospechosamente casuales se sucedían, y los diálogos se prolongaban, Miguel aquilatava las cualidades más caras que sobresaliendo a la belleza física pueden adornar a una joven: la comprensión y la dulzura, la compasión y la alegría; y se fue volviendo un maniático coleccionista de cosas increíbles tales como: flores deshojadas, pañuelos, y objetos comunes que habían sido tocados por la amada; una vez su osadía alcanzó un nivel mayor, cortó una bella flor del jardín conventual y la entregó a la muchacha quien complacida se la prendió a los cabellos. Y el estudiante se fue volviendo gradualmente el esclavo sometido por voluntad propia a un imperio peligroso, el de la evocación. ¡Y los recuerdos más queridos, los imposibles de ser olvidados, presidieron toda su vida y atesorados con la misma avaricia con que algún filibustero oculta en una isla lejana el botín de oro!, Miguel guardó los recuerdos que le dejó cada sonrisa, cada palabra, cada gesto de aquella criatura única para quien escribió las jaculatorias que debía haber destinado a la Virgen. Su alma de enamorado sollozaba con sólo mirarla y ella le devolvía la mirada, como deben verse entre sí las flores tristes que se consumen con el calor del mediodía prisioneras en un florero seco y descuidado. No obstante, aunque mucho más sensata y previsor, y además advertida por su naturaleza de mujer, Claudia no pudo desconocer aquella devoción que inspiraba, mas no encontró valor para rechazar aquellas miradas que le gritaban más que todas las palabras juntas cuán amada era, cuán deseada su compañía, cuán sagrada su persona, para aquel devoto incondicional que le entregaba lo único que podía ofrecerle, la promesa de no olvidarla nunca, el juramento de permanecer siempre espiritualmente cerca de ella, en todas las circunstancias, sobre los años y las distancias, encima de los compromisos y los juramentos; simbolizando ese enigmático poder del espíritu sobre lo tangible, esa fuerza del sentimiento sobre lo real. ¡Ah, mísero pretendiente que no tiene otro don que ofrecerle a su amada más que la promesa de no desterrarla nunca al olvido!

Mas después de aquellas horas de euforia, en que la dicha no podría ser descrita con palabras, cuán duro era recibir el pagaré de la vida cargado con los intereses de la intranquilidad y del remordimiento. Miguel gozaba hoy para sufrir mañana. Adoraba para renunciar. Gozaba para padecer. ¡Oh! El creyente incondicional, el que nunca se hubiese atrevido a discutir, el que sólo sabía obedecer, aceptar, se preguntaba por qué a él y sólo a él, le había sido negado el don de la paz, de aquella paz que envidiaba en sus compañeros, a quienes alguna vez llegó a compadecer ¡Ellos no tenían una Claudia en su vida, no podían disfrutar la dicha, la zozobra, la ilusión de verla, de llenarse de todo cuanto representa una mujer! ... él al menos, había llegado como el Moisés bíblico a vislumbrar el contorno del país que representaba la promisión y la felicidad. Entonces volvía a dudar. Y se consolaba pensando que hubiera podido llegar a ser uno de los más aguerridos cruzados luchadores de la fe, uno de aquellos valerosos y decididos guerreros que portando los colores de su dama iban prestos a rescatar las reliquias santas de las manos infieles arriesgando su libertad y su vida misma, consumidos de ansias por volver a estar frente a su dilecta. Mas ¿podría ser un buen sacerdote? Y no es que careciera de la vocación o de la fe, su corazón, como una flor abierta al rocío de la mañana, podía abrirse al eterno invisible, sumirse en el arrobamiento místico, pero con idéntica vehemencia, sus labios se abrían tendidos al beso femenino, que había soñado apresar en sus solitarios delirios de idealista irremediable.

-X-

Apenas transcurridos los fines de semana en los que el estudiante solía recrear su ilusión y que se iban raudos, como suelen transcurrir siempre los acontecimientos gratos; en contraste con las penas que nos parecen siempre lentas e inacabables; se sucedían los días irrelevantes con su inevitable carga de horas monótonas.

El director del seminario, hombre docto en detectar talentos que sirvieran a la causa de la institución, había descubierto casi de inmediato, las extraordinarias dotes de orador del discípulo preferido y ni tardo ni perezoso se dio a la tarea de procurarle los maestros que acrecentaran aquellas infrecuentes aptitudes. Muy pronto Miguel, tras de la consabida carga que suponían las clases habituales, tuvo que ser inscrito con otros tres seminaristas cuidadosamente seleccionados para asistir a un curso especial impartido por dos verdaderos titanes del verbo, se trataba de dos jesuitas, uno radicado en Guadalajara y otro procedente de la ciudad de México, ambos letrados y ameritadísimos doctores canónicos, quienes apenas iniciaron los cursos empezaron a familiarizar a sus alumnos con los célebres discursos de Calístrato, Transíbulo, Leodamas, Demóstenes, el de la tartamudez que trataba de vencer ensayando con una piedra metida en la boca; para continuar con las Filípicas de Esquines, las Tetralogías de Antifón, y los Panegíricos de Isócrates y entre una irrefrenable cascada le enseñaron a respetar los cuatro principios fundamentales del orador: una elaboración lúcida, una inspiración psicológica, una diáfana justeza, y una personalidad vigorosa.

La oratoria es el arte de conmover –le dijeron– y para ello debía aprender a sincronizar: la voz, la dicción, el ademán y el pensamiento. El sermón, como todo discurso debía estar perfectamente estructurado y por lo tanto contener *sine qua non*: el exordio, la insinuación, la conformación y el epílogo. La elocución es la manera de expresar conceptos, y la dicción requiere: pureza, claridad, armonía, elegancia, corrección y propiedad.

El orden conllevaba: perspicacia, naturalidad, facilidad, variedad, precisión y nobleza.

La suma del buen orador implicaba: estilo, sabiduría, imaginación, ingenio y sentimiento. El orador debía obtener de la elocuencia aquello que estimula la sensibilidad, de la Lógica el razonamiento, de la Moral el manejo de las pasiones, de la Historia los ejemplos, de la Filosofía el análisis y de

la Poesía la belleza de la expresión, apegándose siempre al polinomio correcto: hablar como orador, sentir como artista y pensar como filósofo. Nunca debía olvidar imprimir a sus sermones: musicalidad en la dicción, usar un carisma cautivador y pugnar porque la oratoria resultara: febril, apasionada y avasalladora.

Los buenos sermones de los famosos predicadores, herederos de Bossuet se habían distinguido por contener: persuasión, convencimiento, una emoción que extasiaba, una quintaesencia de la belleza, así como la capacidad de emplear hábilmente la jerarquía idiomática acorde con el auditorio.

Luego, antes de terminar la clase el jesuita les hacía memorizar al pie de la letra las doce pasiones en orden inquebrantable: el amor, el odio, el deseo, la ira, la desesperación, la indignación, la vergüenza, la emulación, la venganza, la clemencia, el goce, la ambición, la tristeza, la compasión, el temor y la esperanza; y como corolario de su cátedra les solicitaba meditar en las palabras de Antonio de Company: “Sin genio no se inventa, sin juicio no se piensa, sin método no se aprende, sin técnica no se estructura y sin sentimiento ... no se ama” y por último, recurriendo a la Axiología, el maestro les hablaba de las teorías de valores que dominaban Sócrates y Platón, y rubricando su clase les decía:

–Grande es la religión del poder, pero es más grande la religión del amor. Grande es la religión de la justicia, pero inmensa la religión del perdón.

Entonces, impactados por aquel derroche de sabiduría, los seminaristas se acordaban de que tenían hambre y marchaban al refectorio a pasos lentos, en tanto alguno recordaba a sus compañeros la frase inmortal del salmantino Fray Luis de León: ...“Decíamos ayer...” que tenemos hambre y reían de la ocurrencia, mientras Miguel pensaba hambriento en otro manjar, en los días que aún faltaban ¡Para volver a verla!

-XI-

Pero las deslealtades suelen pagarse muy caras. La vida insiste en cobrarnos por todo: por los goces más breves, por lo que amamos, por los logros y satisfacciones, aun los más pequeños; por los mínimos triunfos de los que a veces solemos ensoberbecernos tanto. Sólo el dolor es abundante y gratuito, porque es el único bagaje que le es dado acompañar al hombre en su peregrinar por la tierra.

Un día, no tan lejano como parecía, llegó el ajuste de cuentas con el pagaré de la expiación. Los desenlaces felices suelen tardar en producirse y son tan volubles y extraños, como los arco iris después de las tormentas; y solamente ocurren en algunas convencionales obras de teatro, y películas hechas para divertir, o más bien para evadirse; en cambio en la realidad, los finales suelen llegar con sus crisis devastadoras, su carga de monólogos tristes, sus angustias y a veces con la propia muerte física o moral; muchos llegan como los sorprendivos huracanes que de pronto empiezan a formarse y azotan las playas de alguna isla desierta aparentemente.

Al principio, pasaron aparentemente desapercibidos los titubeos del estudiante, se toleraron sus raptos de melancolía, sus distracciones cada vez más frecuentes, sus euforias y sus silencios. Su confesor cauteloso y amigable al principio, trató de sondear con jesuíticas argucias aquella vocación repentinamente tibia y pretendiendo saber lo que distraía su atención, intentó incluso bucear por sus sueños y entre condescendiente y severo armado de una estudiada sutileza insistió en interrogarlo veladamente, pero Miguel se mantuvo impenetrable, revoloteando alrededor de su ideal como un pájaro herido en torno de un ramaje, refugiado entre los muros de su propia desesperación, sitiado por el conflicto, sin atreverse todavía a encasillar aquel afecto immaculado en el enorme almacén de los pecados, aquello que él sentía se llamaba simplemente amor y él se admiraba de su pureza, de la transparencia diáfana, que sólo podía emerger de Aquel que cifraba en Él, la total adición de ese maravilloso sentimiento, de esa agridulce y encantada quimera, único y verdadero lazo de unión entre lo divino y lo humano.

Pero sus superiores empezaron a alarmarse y en secreta junta emergente encabezada por el director, quien calificó de pasajera complicación sentimental lo que le sucedía al estudiante, se decretó que no estaban dispuestos a perderlo, así, con felina cautela y como dirigida al azar, los maes-

tros más estimados, y los amigos más allegados, previamente instruidos, le insinuaron poner disciplina en el cerebro y orden en el corazón.

El propio director y algunos prefectos, intentaron convencerle, excitando por todos los medios a su alcance el empleo de su fuerza de voluntad y su determinación de convertirse en un verdadero cruzado de la religión, un valiente soldado de Cristo, presto a la defensa de la verdad, le hablaron de la divina resistencia de Cristo frente al engatusador demonio del desierto; y le recordaron cómo la fe, baluarte de la iglesia había salvado a millares de almas de la condenación eterna, haciendo que muchos empedernidos pecadores se convirtieran en santos; y obviamente San Agustín y San Ignacio de Loyola, vinieron a relucir con su enorme cataplasma de confesiones y arrepentimientos tardíos pero sinceros; él había sido elegido para un destino realmente glorioso, otorgándosele no sólo la gracia de poder salvarse, sino la de ayudar mediante la potestad sacerdotal al rescate de las almas descarriadas mediante la luz del evangelio y la santificadora potestad de los sacramentos; semejante predilección de Dios no debía despreciarse por la odiosa esclavitud de las pasiones, cuyo seguro desenlace era en el mejor de los casos, el hastío.

Una sensación de tristeza, de disgusto consigo mismo y de vergüenza por haber amado a un ser tan imperfecto como es la mujer; le fue invadiendo poco a poco; y extenuado por el remordimiento, deseó castigar su infidelidad confesando su perfidia; y una mañana entre lágrimas, mientras el sol cintilaba entre los cristales del vitral de la capilla, el seminarista refirió la confesión claudicante. ¡Había amado! ... y aquel descargo de su conciencia confusa le volvió a valer las sonrisas, la estima y la mal disimulada admiración de sus superiores. Las disculpas afloraron atosigantes: ¡La carne era flaca! ¡Sólo Dios era perfecto! ¡Todos éramos por lo consiguiente susceptibles del olvido y del pecado, excepto Cristo quien había sido constantemente puro! Y he aquí que Miguel conoció de pronto esa alegría de hijo pródigo, quien después de haber derrochado inútilmente sus dones, vuelve, merced al imán de la Gracia, y por sus propios pasos al redil del compromiso y a merecer la dádiva del perdón.

Y Miguel volvió a sumirse en el opio místico de un intenso fervor religioso. En su celda ahogó la voluptuosidad, incineró la melancolía, asesinó al recuerdo ¡crucificó al hombre! Y se puso a esperar el día de su ordenación, con el beneplácito de su madre, quien veía arribar así en su descarriada familia la implorada bendición de Dios.

Miguel se fue alejando de las lecciones sabatinas del catecismo y hasta solicitó que lo relegaran de su obligación de los domingos, pero el pedimento de ambas cosas le fue mañosamente pospuesto, querían estar bien seguros de que nunca más bebería en la fuente prohibida del bosque encantado; se culparon de la distracción de permitir que la fantasía de aquel joven momentáneamente torcida se hubiese desbocado, ahora en cambio, era preciso enfrentarle al contagio para detectar si la vacuna administrada le había convertido efectivamente en invulnerable, por lo tanto era indispensable abrir la herida, para escarbar con el bisturí filoso de la verdad, si aún estaban contaminadas las entrañas de la carne, si aún persistían los restos de aquel cáncer maligno cuyas fibras tentaculares habían sido capaces de atentar contra tan decidida vocación.

Y Miguel tembló, como había vuelto a temblar aquella noche al pronunciar su sermón de Viernes Santo. Reconoció que se había dejado atrapar por el esbozo de un falso ensueño, cobijar por unas alas prohibidas, mecer por una melodía tentadora y embriagarse por una fragancia exquisita. Pero la prueba le parecía demasiado dura. Lejos de ella, sin sentirla, ni saberla, se volvería a hacer fuerte, incluso esa tristeza indómita, rezago de su condescendencia llegaría a extinguirse para siempre, permitiéndole gozar la vida en paz, resignándose sin pesar a abrazar la existencia a la que había sido ciertamente inducido; pero volver a verla y enfrentarse a ella, eso era otra cosa, volver a mirar aquellos ojos, a escuchar aquella voz, a perderse en el maravilloso encanto de aquella sonrisa que tanto buscó sin saciarse nunca de ella, requería un esfuerzo mayor que sus fuerzas, un verdadero sacrificio para el que no se sentía preparado. Y sin embargo, no le fue posible renunciar a él.

Con aparente indulgencia le habían traído al redil, con despótica necesidad insistieron en aplicar la sentencia, y aunque le armaron de todas las plegarias, y le cargaron de todos los escapularios, rosarios y reliquias, le dispusieron al máximo enfrentamiento: Dios o la mujer. El alma o la carne. El deber o el capricho. La vocación o el placer.

Y bajo la penumbra de un día nublado, volvieron a encontrarse. Él angustiado. Ella expectante. Hablaron unas pocas palabras. Miguel le anunció que pronto iba a ordenarse y que desde luego la invitaría a la ceremonia.

¡Su vocación vencía! ¡Dios triunfaba! Miguel se puso a esperar el gran día como el arribo a un edén quimérico donde hallaría gratuitamente la ansiada dicha para su espíritu afligido; apenas si se detuvo a contemplar sumido en su egoísmo, si su inusitada determinación podría apenas a la que amaba; y con la certeza de que se valía sacrificar todo a su auténtica voca-

ción trató con todas sus fuerzas de serenarse. ¡Pobre iluso! ¡No sabía que la verdadera predilección de su alma, el destino para el que nació, había sido y seguiría siendo por siempre el amor!

-XII-

Cristo predijo a Pedro que lo negaría tres veces, pero a la vez lo reconfortó: “Sobre sus hombros de pescador, en sus músculos acerados y poderosos, en su tozudez sumisa, iluminada por el Espíritu Santo, el Maestro le confiaba la edificación de Su iglesia, militante, activa, desafiadora, perenne e incommovible que alcanzaría a abarcar toda la tierra y a la que habrían de respetar los terremotos de la herejía, los fuegos fatuos de la ciencia, las cenagosas aguas de la vanidad humana, el estremecedor diluvio del pecado atrapando las conciencias, de la indiferencia carcomiendo la fe; del ateísmo y la mentira desafiando la verdad. Porque al final, sólo triunfará la verdad. ¡Y la iglesia será su guardiana eterna!

Hermanos: Cristo está ante Caifás, ante la intransigencia de la ley, ante la injusticia ataviada con el falso manto de la legalidad, el nefasto protocolo del trámite, la veleidad del juicio, del falso testimonio, de la farsa, de la podredumbre, de la consigna y del embrollo. ¡Oh! ¿Cuántos de nosotros habremos de sentarnos más de alguna vez en nuestras vidas sobre el banquillo de los acusados, conducidos ante esa burocracia altanera, vendida, chantajista y frecuentemente servil al interés de los poderosos, que se ha adjudicado el título de juez? ¡Cuántos iremos en pos de la justicia, en defensa de la verdad!

Y en las afueras del salón del sacerdote, metido a juzgador, alumbrado por la luz chisporroteante de las antorchas, el discípulo aterrado por la infame suerte del Sublime Reo, y amenazado de que también pueda ser la suya, para cumplir con la profecía, niega haber seguido y escuchado a su Maestro, y enceguecido entre la cobardía y el miedo, proclama su inocencia afirmando que ni siquiera le conoce. Luego, herido por el tremendo arrepentimiento se refugia a llorar su debilidad, mientras el canto del gallo madrugador, vaticina el Día de la Redención. ¡Y la Redención empieza ya! Cristo el sanador, el magnánimo, el inocente, el puro, es llevado cual un vulgar reo a la presencia de Herodes Antipas, uno de los Herodes miembros de la tristemente célebre dinastía de los tetrarcas disolutistas, incestuosos, criminales y torpemente perversos, pero al igual que Anás, ha eludido sentenciar al justo y se ha contentado con envolverlo en la púrpura de la burla; entonces Cristo es devuelto ante Pilatos, aquel lugarteniente oscuro, oficioso e insignificante, sátrapa del César, desterrado a lo que él llama las infames tierras de Palestina, donde hace silbar el látigo de su

aberrante despotismo, sobre las espaldas de los infelices vasallos del imperio. Politicastro débil, Pilatos es el justiciero más odiado de la tierra. Su crueldad, su cobardía condicionada al vociferante encono de la multitud instigada por los sacerdotes, escribas y fariseos, lo hacen titubear al principio, y para calmar los gritos y las vociferaciones, decreta los azotes para Jesús, a quien con cruel encono se le corona con abrojos, añadiendo al brutal tormento la burla, la mofa y el escarnio. ¡Y la sangre divina empieza a brotar a torrentes!

Y Pedro está allí, escuchando cómo el látigo golpea sin compasión las espaldas inocentes, y sufre en el alma cada golpe, entre la cólera y el más inmenso desprecio por su debilidad. Entonces, empiezan a despuntar en él, la energía, el atrevimiento, el empuje y con la fuerza más denodada una inquebrantable voluntad para luchar. ¡Y fundará la iglesia de Dios! Y la cobardía no le acompañará en su martirio, porque su resistencia, su abnegación, su dinamismo, no concluirán en la cruz enrevesada, sino que persistirán a través de todos los siglos, para cumplir las palabras de Jesús: “Tú eres Pedro y sobre ti, edificaré mi iglesia. ¡Y la iglesia no tendrá fin!

Y Miguel recordó en esa hora, aquel día en que el obispo revestido con los ornamentos sagrados y portando el báculo de pastor, sin las largas barbas del apóstol, pero igualmente investido del poder que derramara el Espíritu Santo, le anunció que merced a la gracia de Dios, ya era sacerdote.

El oró fervientemente con los ojos entrecerrados, la frente postrada en el suelo, los labios besando la tierra, implorando desde el fondo de su corazón atribulado que el sacerdocio le devolviera la paz, porque después de la duda, cual una aurora de salvación, como una respuesta del cielo, el Altísimo apartara de su mente la imagen que le perturbaba, la sonrisa que le hería, la voz que no conseguía acallar, ¡Los bellos ojos de Claudia que parecían no cerrarse nunca! Rogó porque se apagara su sed por el agua prohibida que enturbiaba su lealtad y borraba como por el arte de una alquimia impura, sus anhelos de entrega y perfección.

La ceremonia concluyó con el obligado Te Deum de los recién admitidos a la cofradía de Dios, de los escogidos para difundir su doctrina y perdonar los pecados.

A las felicitaciones calurosas de sus discípulos, amigos y maestros, se añadió el efusivo abrazo de su madre, implorando la bendición del sacerdote entre tiernas lágrimas de felicidad.

Aquel hijo, estaba destinado a ser un verdadero sabio, cuyo talento asombraría; y aun su propio padre, quien abandonó momentáneamente su vida de disipación para acudir a la primera misa que oficiaría su hijo, reprimió el egoísta desdén que le causaba verse traicionado, él, que aún se afanaba por ser un redomado calavera a sus sesenta años cumplidos, enamorado, bebedor de buen vino y hasta jugador con no mala estrella aunque pésima reputación y quien ahora tenía por hijo nada menos que a un curita, como solía mencionarlo con mal disimulada socarronería en sus tertulias de cantina para provocar las risotadas entre las ruidosas tertulias de los borrachines, no obstante, aquel día, no pudo eludir el impacto que ejerció sobre él la ceremonia, tal si el latón lustrado, las flores, el incienso, los cantos, la liturgia, le hubiesen vencido y aquel fausto correspondiente a un culto suntuoso lo incitaran primero al asombro y luego a una reconsideración de su vida viciosa y despreocupada, entonces estrechó al hijo distante con cierta reverencia entre inseguro y avergonzado.

Al ágape correspondiente acudieron los primos lejanos, las tías enlutadas, la abuela oliendo a viejo y con la nariz empolvada y los cabellos totalmente blancos; los familiares distantes, campesinos algunos, artesanos otros, enchamarrados y con los sombreros de ala ancha entre las manos, portando un traje muy ajustado y pasado de moda algunos, seguramente reservado para sus escasas ocasiones sociales; oprimidos entre el cuello de la camisa muy almidonado, a la que añadían indiscriminadamente la oscura corbata de los velorios, las bodas y los bautizos, y los zapatos brillantes de los días de fiesta. La parentela iba desfilando, sonriendo tímidos algunos, orgullosos otros, estrechando con sus manos callosas los dedos largos y pulcros del joven sacerdote; una tía política le pidió que le bendijera un rosario; otros le solicitaron el honor de retratarse en su compañía y todos terminaron por pedirle que les encomendara en sus plegarias, ya que seguramente él estaría más cerca de Dios, y satisfechos, endomingados, afables con los padres del muchacho y los demás familiares que nunca frecuentaban, con provinciana tiesura y esmerada precaución compartieron el pan y la sal en la más institucional de las instituciones, cuidando de no manchar los blancos manteles, bordados por manos monjiles y muy bien almidonados, disfrutando entre sonrisas y comedimientos la cena: crema parmentier, lasagna, lomo almendrado, helado de vainilla, café y para su Ilustrísima, una copita de coñac.

Miguel comedido y discreto, humilde y aparentemente feliz asistía al acontecimiento del que era el protagonista, aunque en su interior sólo anidaba una profunda tristeza. Claudia no había acudido; y él, a pesar de sus

esfuerzos por mantener su corazón y sus sentidos en la ceremonia, no consiguió dejar de pensar un solo instante en ella. Era su pensamiento inseparable. Y para olvidarla hacía falta ¡Nunca haber existido!

-XIII-

Pronto se fueron aquellos días que entre festejos e inocentes alegrías consiguieron distraerle un poco. Después de las noches de tensión preparando exámenes, el nerviosismo consecuente ante el severo y solemne gesto de los sinodales, y los preparativos de la ordenación, Miguel estaba exhausto, y para colmo, la ausencia de Claudia lo había confundido más, pues no sabía si había recibido o no la invitación.

Aquella espina ajaba sus días poniendo dudas en el acierto de su determinación, no obstante el paso estaba dado y no podía dar marcha atrás.

El amor era la epidemia de las vocaciones débiles, el virus de las almas demasiado complacientes y sensitivas. El sacerdocio era una empresa de titanes, no un refugio de mediocres.

En su desesperación acudió a la plegaria ingenua y sencilla de su niñez, no al latín de la liturgia o de los exorcismos, sino a esas frases del niño miedoso y desolado con las que clama el consuelo de la madre ausente.

Mientras le designaban a la parroquia donde iría a trabajar, Miguel se preguntaba si acaso el Hacedor había creado a los hombres para que lucharan, sufrieran, vencieran las tentaciones y al final, sólo si no salían triunfantes fueran consumidos en las llamas del averno, no obstante intuyó que había ido demasiado lejos con tan injusta suposición, Dios quería el bien de sus hijos y a cada uno le había dado con su ración de penas y de sufrimiento, la dosis precisa de fortaleza y de voluntad para soportarlas y para vencerlas.

Miguel suponía que lejos de ella, de los sitios y las calles donde llegaron a encontrarse, del atrio de la parroquia donde tantas veces conversaron, de la casa donde él sabía que podía encontrarla, el olvido extendería su velo benigno y Dios y el deber terminarían por llenar su vida.

Aparentemente las cosas se dieron cómo él deseaba, lejos de designarle a una parroquia del estado, y por circunstancias que nunca indagó, fue designado para trabajar en una iglesia en el municipio de Calvillo, en el estado de Aguascalientes, donde el cura viejo y enfermo precisaba de un auxiliar que le ayudara a sobrellevar la carga demasiado pesada para sus años.

El flamante presbítero empacó sus pertenencias y se despidió de los suyos, rogando a su madre apenada por lo que supuso sería una separación tal vez definitiva que se abstuviera de ir a despedirle a la estación.

Una tarde, vestido de negro, con la inconfundible indumentaria de los eclesiásticos y llevando una vieja maleta atada por el frente con una correa, aguardó el paso del ferrocarril que con el consabido retraso se fue apareciendo casi al anochecer junto al andén sucio y descuidado.

La locomotora, con un silbido agudo y estridente anunció la continuación de su viaje, dos condiscípulos muy sonrientes habían acudido a despedirle deseándole toda clase de venturas, Miguel trepó con agilidad hacia el vagón y desde el vestíbulo agitó el brazo con un gesto que pretendía ser alegre. ¡Era la definitiva despedida a su juventud! los muchachos respondieron agitando los brazos, pero entonces, desde la plataforma del coche descubrió detrás de un pilar a Claudia que muda, triste, le decía adios con la mano; Miguel sintió que se le desgarraba el alma, el tren inició su marcha, levantó el brazo y lo dejó suspendido, ensayando un gesto inconcluso, la joven sacó su pañuelo blanco y lo agitó hasta que el convoy se fue alejando y Miguel ya no pudo ver más la mancha blanca.

Compungido bajó las manos, juntándolas, oprimiéndolas una sobre la otra, de pronto sintió que algo le quemaba, las apartó bruscamente y descubrió que estaban empapadas de lágrimas.

-XIV-

Cristo lleva su cruz a costas, sobre sus hombros desgarrados se han recargado todos los pecados del mundo, el áspero madero le va hiriendo hasta los huesos, dislocándole los tendones, triturándole los nervios. Sus labios sedientos, resecos, amaratados se han posado ya tres veces sobre el polvo del camino. Ha caído para enseñarnos a ser humildes. Débil y extenuado, con la túnica rota, empapado de sudor, con el rostro cubierto de sangre, dolido por las bofetadas, manchado por los escupitajos, cual una lámpara de luz que se deprime, el Hombre-Amor avanza hacia el monte Gólgota donde habrá de ofrecer lo que aún queda de Su cuerpo, la sangre que todavía corre por Sus venas hinchadas, en aras de la reconciliación de los humanos con Su Padre celestial. Los crueles sayones han descargado en represalia por cada caída una nueva tanda de latigazos e improperios, alternando las burlas, los insultos y el escarnio. Sádicos, perversos, incapaces de sentir un mínimo adarme de piedad, descargan en cada golpe su maldad reconcentrada, tal si quisieran desprenderse de un fardo que les pesara, sin embargo, un ápice de lástima se asoma en uno de aquellos esbirros, y es un legionario del César, violador, conquistador, incendiario, depredador, quien elige a un centurión para que le ayude a llevar el instrumento del martirio, él es quien permite también que una mujer piadosa y sensible con reverente gesto limpie la sangre coagulada del afiebrado rostro del Nazareno. Hermanos en la aflicción, cristianos en el arrepentimiento y en la culpa, invoquemos al Señor, roguemos con todas nuestras fuerzas para demandar en nombre del divino Mártir, que en la encrespada cuesta de nuestro sendero, en nuestra peregrinación por la tierra, encontremos con la fuerza y la mansedumbre que Jesús nos enseñó, al centurión que se apiade de nuestra flaqueza, al cirineo que nos ayude a llevar nuestra cruz. ¡La cruz que Dios nos ha entregado como único medio de alcanzarlo y de llegar hasta El. La Verónica que limpie nuestra faz de soberbia, nuestra frente de pensamientos impuros, nuestros labios de blasfemias, nuestras almas de pecado. ¡La mujer piadosa que nos dé el consuelo de una mirada benévola, de un gesto supremo de indulgencia. ...

El padre Miguel meditaba en sus propias palabras.

Había llegado una mañana fresca hasta aquel pueblo, el pobre cura viejo y achacoso le recibió con sincera alegría. Las recomendaciones que le habían adelantado se sumaron a la pronta simpatía que le inspiró el joven

religioso. Apenas instalado en la casa parroquial, Miguel fue informado de aquella grey indisciplinada e indiferente para las cosas de Dios, y compartiendo el frugal almuerzo servido por una criada anciana, empezó a vislumbrar cuánto se esperaba de él. Entusiasta y dinámico el joven sacerdote no esperó demasiado para emprender la pesada tarea soportable sin más recursos que el inagotable impulso de su juventud.

Virtuoso, tolerante, amable y lleno de entusiasmo y voluntad, Miguel se captó en unas cuantas semanas la estima de aquellos sencillos provincianos, quienes empezaron recíprocamente a admirarlo y a quererlo.

Miguel hizo reparar la iglesia, y con sus propias manos apenas ayudado por un sacristán perezoso y negligente aseó la parroquia, hermoseó los altares, y aprovechando hasta el último minuto del día intercedió en los pleitos, avino matrimonios distanciados, enderezó hijos rebeldes, socorrió viudas, ayudó a morir cristianamente a muchos agonizantes, rezó rosarios, bautizó remisos y en lugar de la misa breve, simplificada a la que se había habituado a la feligresía, Miguel procuró ampliar su duración dedicando una buena parte del tiempo al sermón, en el que sus dotes de orador relucían: Empleando palabras sencillas, metáforas simples, lograba convencer a su auditorio, que intuía que era Dios mismo quien les hablaba mediante la boca de su ministro; y el orador hacía trasladar a su auditorio hasta la edad evangélica –como decía Velarde–, pero sin olvidarse de los cotidianos problemas: dudas, insatisfacciones y hasta decepciones de aquellas gentes, que abrazaban el protestantismo deslumbrados por sus falsas promesas, y convencéndolas de que el Supremo Padre, dador incansable de todas las cosas, nunca se olvidaba de ellos; y de que aquel pequeño rebaño, era muy caro y predilecto a Sus ojos. Y así, uncido bajo el cotidiano yugo de una labor interminable, entre el sincero intento de olvidar la visión que le quemaba, como si aquella lucha fuera su barco de salvación, el padre Miguel se abismaba entre un ir y venir, del que a veces sustraía algún poco de tiempo para leer aquellos tomos pletóricos de ese catolicismo triste de Kempis o de San Juan de la Cruz, erizado de mortificaciones, meditación, desprecio a lo mundano, repugnancia a lo que halague los sentidos, temores, rechazo y casi miedo hacia las mujeres ... muchas de aquellas lecturas místicas le volvieron más melancólico, pero le fueron convirtiendo en un hombre benévolo e indulgente para con los demás, si bien sobrio y severo para sí.

No se concedió descansos ni treguas, trabajando a todas horas, durmiendo poco y alimentándose con lo indispensable; sin embargo nunca pudo desterrar de su vida la única concesión que se permitía, escribir una carta de vez en cuando a su

adorada Claudia, hablándole de su trabajo pastoral e interesándose por su suerte y por su vida. Y el ministro diligente, el pastor incansable, el servidor entregado totalmente a su sagrado ministerio, esperaba con un ansia incontrolable el milagro de cada respuesta, que releía una y mil veces, deteniéndose en cada frase, asomándose a cada palabra, adorando cada renglón.

Claudia no se iba de su pensamiento. Aquel rostro en el que la ternura había hecho su nido, estaba siempre allí acompañándole a su lado, clavado en su corazón, inmerso en sus sentidos, presidiendo sus días

Algunas letras tardías de su madre, le informaban como su progenitor se había ido retirando de su vida disipada, regresando al hogar tranquilo, satisfecho de verse hoy respetado, lisonjeado y felicitado por ser el padre de un sacerdote, modelo de virtud; y sólo en alguna vez, la buena mujer le habló de Claudia, quien persistía en su ocupación de catequista. “Las atenciones que me concede esta dulce joven me llegan a cohibir, al grado de que he comenzado por sentir por ella, primero amistad y ahora gratitud y cariño por todo cuanto hace por mí, y he llegado a pensar, que el haber tenido una hija así, me habría colmado de felicidad”.

Miguel releía entre asombrado e incrédulo las sencillas revelaciones de su madre, entonces, aquel amor lo llenaba de una plena satisfacción, aquel amor hecho de derrotas y renunciaciones, de tristezas y de soledad, se aferraba aún a vivir, sin esperanzas, sin futuro, era como una floración obstinada, como una de esas enfermedades crónicas que sólo se van cuando ha dejado de vivir el organismo donde se han alojado; y en la silenciosa penumbra de la sacristía, el joven apóstol continuaba viviendo una de esas batallas del alma donde parece que nos empeñamos en vencer lo que nos vence. Y mientras preparaba aquellos formidables sermones que le atraían cada vez más fieles, Miguel dejaba de vez en cuando la pluma para complacerse en sus recuerdos, para pensar en ella, para releer sus cartas y para escribir las suyas en las que no podía decir nada directo, nada que delatara su agonía interior, que inquietara aquella alma cándida, aquel corazón puro. Demasiado sabía que a cualquier mujer le hubiese horrorizado el amor de un sacerdote; y si la maledicencia era cierta y había cierta clase de mujeres que se prestaban inescrupulosas al contacto físico, el amor verdadero, aquel que él sentía, estaba prohibido para siempre, vedado para la eternidad.

Por esos días, la curiosidad del padre Miguel lo llevó a indagar en un libro de astrología. Dios podía hablar a los hombres a través de las estrellas. ¡Ah! ¡El inexorable decreto de los astros gobernando nuestros destinos! aunque acaso el común destino de los hombres era el sufrimiento.

-XV-

En el monte de las Calaveras Cristo va a ser crucificado, a tirones le han despojado de su túnica y con encono le han tendido sobre los tres brazos de la cruz, cuya áspera madera erizada de astillas le punza horriblemente en las espaldas. A su lado y para formar un aterrador triángulo de muerte, dos delincuentes, uno arrepentido, otro irredento y blasfemo son sujetos a los leñosos brazos de las cruces; sólo a Jesús le es reservado el bárbaro tormento de los clavos y con la mansedumbre de su amor sin límites, con una humildad que no conoce rebeldías extiende Sus santas manos para ofrecer su amistad y su perdón a los hombres de todas las generaciones: los buenos y los perversos, los incrédulos y los seguidores, los débiles y los iluminados; Cristo el mártir Único, abre las palmas de las manos y las ofrece al filoso hierro que ha de traspasarlas. El metal le machacará brutalmente los tendones, los nervios, las venas; los martillazos que anuncian la siniestra labor de los verdugos, hacen brotar a raudales la sangre del más justo entre los justos y el líquido que chorrea a borbotones se riega sobre la arena y bebido por la tierra, se convierte en el abono de la verdad y del bien. Cristo exhala un grito ronco que proclama su dolor. Los brazos estirados a punto de reventarle las arterias, distendiéndole los tendones, han sido alcanzados hasta la punta del leño, y Sus pies, en los que habrá de apoyarse el Sublime reo durante su agonía, han sido traspasados también por un clavo mucho mayor cuya punta va a salir del otro lado del tosco madero; pero un nuevo tormento aún más intenso le aguarda, con pánico advierte cómo los sayones embriagados de odio se disponen a izar la cruz, y El, aunque moribundo y adormecidas las carnes por los bárbaros azotes, triturada la divina cabeza por las espinas, desgarrado por los clavos, presiente como el remate de aquel salvaje suplicio, como un eslabón más de aquella interminable agonía, que al quedar suspendido de las manos, el peso de Su cuerpo maltrecho habrá de agudizar las terribles dolencias en las manos horadadas. Y Cristo ruega silenciosamente al Padre que apresure la llegada de las tres de la tarde. Su precognición de vidente le ha anunciado desde el principio de los siglos que a esa hora habrá de expirar, y el fatídico tres que repiquetea obsesionante en su mente, anuncia también la hora de la liberación de la carne, mientras sus ojos vidriosos se entrecierran y advierten el rostro afligido de Su inconsolable madre y la presencia fiel del discípulo más amado.

Así pintaba el exaltado predicador, con vivos colores el sacrificio del Hijo de Dios, arrancando suspiros, provocando sollozos, empujando a la catarsis a aquella multitud que por fin despertaba a la gracia del arrepentimiento... pero el hombre seguía recordando.

A la tristura de su soledad, apenas mitigada por las conversaciones que solía entablar con el cura gotoso, casi senil, cuando en las noches friolentas apuraban ambos una taza de chocolate caliente que les arrimaba la criada, hubo de añadirse un hecho insólito, un acontecimiento realmente increíble e inesperado. Anónimos y sin hacerse anunciar pasaron casualmente un domingo por la mañana, acompañados de dos clérigos, su Ilustrísima el Arzobispo de Guadalajara acompañado de su Eminencia el Nuncio Papal; los mitrados que hicieron un alto en el pueblo posiblemente para tomar un breve respiro decidieron visitar el templo. El viejo párroco oficiaba la misa de doce, y en el momento del Evangelio, tocó al padre Miguel pronunciar el sermón; entonces, su verbo cautivante, su elocuencia y conocimientos asombraron a los visitantes, quienes al terminar la ceremonia se adelantaron para identificarse y para conocer al joven autor de la brillante pieza oratoria. Sin reticencias, monseñor Capriani, con una benévola sonrisa y arrastrando una mezcla de italiano y español le felicitó efusivo y al momento le invitó a acompañarle a Roma donde era requerida urgentemente su presencia para tratar importantes asuntos en la Santa Sede y concretamente en la Congregación de la Defensa de la Fe, de la que era un importante funcionario.

—Debe usted saber que me relevan de la Nunciatura; y que en mis nuevas funciones, he de requerir seguramente un secretario que me auxilie en las importantes tareas que han de asignarme. Usted será mi acompañante —determinó el prelado— y yo tendré el placer de introducir en la Santa Sede a un ameritado predicador, que aparte de ser el orgullo de su diócesis, podrá llegar a serlo también de su país, y de la vasta cristiandad.

Miguel que no salía del asombro respondía boquiabierto asegurando que era sólo un humilde sacerdote, recién salido del seminario y por lo tanto indigno del alto honor que se le ofrecía.

Pero ya su Ilustrísima decretaba que sería reemplazado inmediatamente, concertando un próximo encuentro con monseñor quien daría instrucciones inmediatas para la adquisición de su pasaporte, pasaje aéreo, y documentos indispensables, mientras le recomendaba arreglar cuanto antes sus asuntos personales, ya que el viaje se programaba próximo.

Miguel no se atrevió a pronunciar ni una mínima objeción; en tanto que el nuncio le anunciaba que sería presentado no sólo a los altos jerarcas de la iglesia, sino incluso al mismo Santísimo Padre, quien gustaba de apoyar a los jóvenes talentos, dispuestos a trabajar por la causa de Dios.

El cura gotoso y su joven asistente acompañaron a los ilustres visitantes hasta su automóvil; y allí se terminaron de concluir los detalles del viaje; Miguel debía presentarse dos días después en las oficinas de la Nunciatura, se le concedían veinticuatro horas para dar aviso a las autoridades, sus familiares y por supuesto a sus feligreses.

La despedida fue breve. Miguel, confuso ante aquel hecho inusitado no sabía realmente qué decir, y sólo la recomendación del anciano presbítero consiguió serenarlo un poco.

–Vaya a orar, tenga confianza en Dios –le sugirió–, Él sabe por qué las cosas deben ocurrir así.

Miguel se refugió en la capilla, y allí fue a buscarle después el buen anciano.

–Padre, son las ocho de la noche y no ha probado bocado en todo el día. ¿Quiere hacerme el honor de compartir mi mesa por última vez?

–El honor es mío, querido padre ... ¿Mas por qué ha de ser la última vez? Seguramente me permitirán volver; después de todo en Querétaro tengo a mi familia. Mis padres viven todavía...

–Pero yo pronto estaré ante la misericordia de Dios, hijo mío.

Luego ambos se abrazaron, Miguel estaba pálido, ahora sería casi imposible volver a verla ... luego, ambos clérigos dieron gracias a Dios y empezaron a degustar una cena excepcional con velas y con un postre de buñuelos que chorreaban miel.

-XVI-

Capriani no sólo era un nuncio más, obediente y sumiso a los dictados y encomiendas del Santo Padre, sino que también gozaba de la amistad y del especial favor del cardenal Secretario de Estado.

Nacidos ambos en Bérgamo, habían crecido juntos, compartiendo la escuela elemental, luego, la vida los había separado, para unirlos nuevamente en la curia, donde ambos ocupaban cargos importantes, si bien la poderosa influencia del cardenal incidía ahora haciendo venir desde México a su antiguo amigo para encomendarle una alta dignidad en la propagación de la fe, Capriani por su parte, proveniente de una importante y adinerada familia, conservó siempre su casa en la Via Cavour donde había instalado su oficina particular.

Miguel y Monseñor arribaron a Roma una mañana de finales de marzo. El día era gris, había neblina y apenas abandonaron el aeropuerto empezó a llover. La nieve se había disuelto en charcos y la ciudad lucía triste a través de las tupidas franjas de la lluvia. Llegados a la residencia de Monseñor el nuevo secretario fue instalado en un despacho contiguo al de su protector, quien extendió su generosidad dispensándole también un alojamiento, que aunque pequeño no carecía de comodidades, le otorgó además la concesión de disponer de la biblioteca y compartir su mesa, acompañándole cuando almorzaba en su casa, lo cual no era muy frecuente, dadas las amplias relaciones que mantenía con embajadores, ministros de Estado y por supuesto altos funcionarios del Vaticano.

Recién instalado en su habitación, y cuando terminaba de ducharse ya le estaban llamando para la cena

La mansión de Capriani era una casona aristocrática decorada con gobelinos y retratos al óleo de sus antepasados encuadrados en marialuisas doradas con cenefas rojas, muebles austeros, cortinajes de terciopelo oscuro, y cierta severidad en el ambiente que contrastaba con la bonachona actitud de Monseñor, amigo de hablar mucho, en voz alta y hasta de bromear.

En la cena puntillosamente servida por los criados de Monseñor, continuaron las expansiones amistosas de una hermana viuda que vivía en la otra ala de la casa y quien aunque no hablaba una sola palabra de castellano, se regocijaba de tener un nuevo huésped.

Miguel, cansado del que había sido su primer viaje aéreo, partía en trozos pequeños el pedazo de queso que le sirvieron en calidad de postre.

Al momento comprendió que era indispensable mejorar cuanto antes su italiano, aprendido a medias en el seminario, si no quería continuar siendo el convidado de piedra en el país, si bien de momento su anhelo fue descansar un poco y escribir unas letras a su madre y seguramente a Claudia, de quien apenas se había despedido enviándole dos renglones.

Pronto Monseñor abandonó la mesa pues se sentía también fatigado y dispuso que hasta el día siguiente leería su copiosa correspondencia y se abrirían sus maletas, y Miguel entendiendo que su presencia sería requerida desde temprana hora, se dirigió a su cuarto y empezó a acomodar sus pertenencias en un ropero alto. Anocheceía temprano y el monótono susurro de la lluvia cayendo persistente sobre los techos presidió la tarde, mientras las luces de las calles y de los edificios se iban encendiendo poco a poco.

Su espíritu se había quedado anclado en Querétaro. Rezó un poco de rodillas sobre el reclinatorio instalado en la alcoba y apenas se metió en el lecho se fue quedando dormido, deben haberle llamado para la cena, pero seguramente no escuchó.

Al día siguiente se levantó muy de mañana y corrió las cortinas, estaba en la ciudad de las Siete Colinas, pero los altos ramajes de los árboles le impedían abarcar totalmente el paisaje.

Un criado le informó que Monseñor se hallaba orando en una pequeña capilla, Miguel acudió; cuando terminó el rezo el italiano le saludó efusivo y ambos se dirigieron al comedor donde les aguardaba la signora. En la mesa había zumo de frutas, café, panecillos, mantequilla y mermelada.

En un elegante reloj sonaron nueve lentas campanadas, había dejado de llover y hasta se divisaba un trozo de cielo inmensamente azul.

Un cuarto de hora después los teléfonos empezaron a repiquetear insistentemente y Monseñor en su despacho se enteraba de la voluminosa correspondencia que se apilaba sobre su mesa de trabajo, Miguel se aplicaba a abrir sobres y Capriani empezaba a instruirle en lo que habrían de ser sus funciones inmediatas, pero a las once de la mañana un llamado urgente del Vaticano lo instó a abandonar el escritorio.

—Acompañeme usted —solicitó el ex nuncio— ¡Nuestra ciudad es nada menos que la cuna de la cristiandad! ¡Y vale la pena que le eche su primer vistazo!

Y ambos descendieron hasta la cochera, donde un respetuoso chofer, con gorra en mano, les abrió cortésmente las puertas de un mercedes negro. Monseñor y su secretario se instalaron en los asientos traseros. El italiano se esforzaba por ser un buen guía y arrastrando las palabras con su inevitable acento iba poniendo a Miguel al tanto de los encantos de la Ciudad Eterna. El coche se deslizó primero por la Vía Conciliazione, viró a la derecha y descubrió la perspectiva de la ciudad del Vaticano.

Miguel pensó que se abría un nuevo mundo para él, pero el tiempo habría de desengañarle pues aquel nuevo capítulo de su vida no conseguiría arrancarle el recuerdo de la dulce joven que había dejado en una lejana provincia mexicana.

-XVII-

Esa misma mañana el padre Miguel tuvo el privilegio de cruzar las filas amarillas de la guardia suiza ataviada todavía con su antigua pompa medieval, así como de penetrar hasta los despachos desde donde gobernaba la jerarquía eclesiástica a la grey cristiana de todo el mundo. Aquello era un mundo diferente a cuanto él hubiera podido imaginarse.

Monseñor presentaba a su nuevo auxiliar con sincera satisfacción y éste fue acogido con benevolencia; al llegar ante las puertas del despacho del cardenal Secretario de Estado, Capriani le pidió comedidamente que lo esperara un momento para anunciarlo a Su Eminencia:

En la antesala pletórica de cardenales, arzobispos, obispos, funcionarios de mayor o menor rango de todas las nacionalidades, Miguel se sintió apocado, si bien aquel lujo austero, aquella cortesía palaciega le parecieron ciertamente distantes del cristianismo que él hubiera deseado constatar.

Transcurridos unos veinte minutos un ujier le anunció que podía pasar al despacho donde lo aguardaban el cardenal y monseñor Capriani. Miguel tragó saliva y entró no sin el desconcierto de los mitrados y superiores de órdenes religiosas que aguardaban pacientemente ser recibidos. La presentación fue corta, Miguel se esmeró en discreción y modestia frente al alto funcionario que seguía al mismo Santo Padre en jerarquía.

Después Capriani y él continuaron hablando sobre diversos tópicos y pasada una media hora se despidieron ceremoniosamente del alto funcionario, Su Excelencia aún se detuvo muchas veces en las diferentes oficinas donde prodigó sonrisas y recibió congratulaciones por su regreso a Roma; y sólo cuando daban las cuatro de la tarde emprendieron el regreso a la mansión de la Vía Cavour.

Una semana después verían al Santo Padre, y aunque el sacerdote mexicano volvió a acompañar a su protector y le fue permitida la entrada hasta la biblioteca donde Su Santidad despachaba aquella mañana, Miguel sólo pudo recibir una breve bendición del Pontífice, rodeado como se encontraba de los más altos jerarcas de la iglesia.

—Ya se presentará una nueva ocasión, y conversará usted con Su Santidad. —Le aseguró Capriani. Y él agradeció los buenos oficios de su protector, si bien su intuición le hizo ver que un joven sacerdote mexicano entre

aquel maremagnum de talentos descomunales, de hombres de todos los países dominando idiomas, con doctorados en todas las disciplinas, difícilmente lograría sobresalir; y a pesar de su preparación, notable entre el clero de su diócesis, en la capital de la iglesia apenas iba a ser uno más, insignificante dentro de la vasta legión de sabios y eruditos.

Sin embargo empezó a estudiar denodadamente el italiano, y se abocó a desempeñar con esmero y eficacia las tareas que le encomendaba Monseñor; pronto su iniciativa, su innata capacidad de organizador dejaron ver sus frutos, y Miguel se convirtió en su acompañante, en su secretario, en el más adicto, fiel, meticoloso y discreto de sus allegados, nunca dijo una palabra de más, ni dejó de atender con prontitud la mínima recomendación de su superior, comportándose siempre atento, comedido, puntual, amable sin exageración, ganándose con creces la confianza del dignatario; sin embargo, entre el desempeño de tantas tareas que lo abrumaban, restándole horas al sueño, encontró tiempo para escribir a Claudia, refiriéndole sus impresiones sobre la Ciudad Eterna y prometiendo que le enviaría algunas fotografías en cuanto sus deberes le permitieran adquirirlas.

Pronto los llamados cada vez más continuos al padre Capriani, le valieron acompañarlo a la basílica de San Pedro, donde se celebraban las impresionantes ceremonias litúrgicas que presidía el Sumo Pontífice, entonces los púrpuras, lilas, oros, se daban cita bajo las bóvedas de San Pedro, mientras se escuchaban los majestuosos acordes del órgano y el coro infantil que con sus voces sopraniles entonaba el consabido “Tu est Petrus”; luego seguían las audiencias papales, desde las privadas que se concedían a personalidades, hasta las que congregaban en la Plaza de San Pedro a miles de peregrinos y visitantes de todo el mundo, a quienes el pontífice concedía la bendición “Urbi et Orbi”.

El padre Miguel quien al principio había fundado lisonjeras esperanzas de aquel viaje, fue desencantándose gradualmente de aquella corte en pleno siglo XX, donde el sencillo mensaje cristiano se revestía de un ceremonial que le restaba franqueza y frescura. Aquel protocolo, incrustado en un fausto espectacular y hasta pedantesco, contenía demasiada teatralidad, y el Vaticano le resultaba más una poderosa entidad política que un verdadero centro espiritual, desde cuyas almenas se defendía parapetada en el poder y el dinero una posición tradicional, respaldada por los más modernos medios de comunicación y la más adiestrada diplomacia. Aquel impresionante despliegue de funcionarios, embajadores, hombres estudiosos, disciplinados, aguerridos, y hasta negociantes, desarrollaban en ocasiones tareas

más propias de líderes, soldados o políticos que de curas, aunque su postura fundamental fuese la de conservar y acrecentar la iglesia de Dios, librando una verdadera batalla por adaptarla a los tiempos modernos sin que perdiera un ápice su tradicional conservadurismo. Aquella lucha tenía muchos frentes: desde la defensa de la soberanía papal basada en el dogma de la infalibilidad, la conciliación con el ala reformista de la propia iglesia, la defensa por su unidad, la intercesión continua a favor de la suerte de los refugiados, de los perseguidos políticos, de las naciones sojuzgadas, de la implantación de la justicia, dignidad y caridad para los países pobres, el diario combate contra el racismo, la violencia, la explotación, y la crueldad de los más fuertes sobre los débiles y desposeídos, la agresión motivada por el auge de la ciencia y la tecnología pretendiendo invadir los planos de Dios, el combate contra las falsas enseñanzas derivadas de las cada vez más diversificadas sectas, incluyendo por supuesto a muchas que se hacían llamar cristianas, la necesidad de defender y conservar la familia y el matrimonio católico como baluarte de la sociedad, en contraposición contra el libertinaje sexual y su corte de enfermedades consecuentes, y en medio de tan diversas como prolijas tareas, la necesidad de ponerse de acuerdo aun después de veinte siglos con respecto a la interpretación de las escrituras, la aplicación de los sacramentos, la renovación del rito y lo que es más, la búsqueda de los auténticos deseos de Dios, revelados en parábolas, en las confusas visiones de los santos, en las citas susceptibles de variadas interpretaciones de los libros sagrados y aun en los descubrimientos de nuevas fuentes de información, como en el caso de los llamados Rollos del Mar Muerto.

Y Miguel buscaba afanoso en el Evangelio la única verdad, la suprema verdad, y concluía que las verdades eternas no pueden modificarse, ni aclararse ni obscurecerse en aras de la inquisitiva y acomodaticia mente del mundo actual, éstas permanecen inmutables y su pureza deriva de la transparente sencillez que el Hijo de Dios quiso infundirles; el cristianismo era agua de una fuente vieja, de un abrevadero de siglos mediante el cual Jesús le había cedido al hombre normas simples para vivir y para disfrutar esa utopía humana que hemos dado en llamar felicidad.

Luego, después de aquellas largas horas de meditación y de trabajo, rememoraba los bellos ojos azules de su amada y la ilusión de vivir, aunque sólo fuera por recordarla, volvía a presidir su vida.

-XVIII-

Con semejantes pensamientos el padre Miguel sentado frente a su escritorio en el ante-despacho de la oficina de Monseñor se restregaba las manos para producirse un poco de calor, pues pese a la calefacción que se usaba prácticamente todo el año, la estancia era siempre fría.

Las ausencias cada vez más frecuentes de su jefe le dejaban libre por largas temporadas, al principio se contentaba con dar unos pasos sobre la gruesa alfombra, abandonando unos instantes la lectura de alguno de los libros de la biblioteca señorial que él disfrutaba cabalmente, como se goza una exquisita golosina, para detenerse a mirar los imperturbables rostros enclaustrados en la dorada suntuosidad de los cuadros de aquellos fieros antepasados: ¿Héroes? ¿Santos? ¿Filósofos? ...¡Qué sabía él!, entonces para procurarse alguna distracción emprendía largas caminatas por el Corso Vittorio Emanuele, siguiendo por la Vía Nazionale hasta la Plaza del Cinqueto, o por la Vía Ottaviano y la Vía Angelico. Era otoño y pisaba algunas hojas secas que empezaban a caer de los árboles. Empezó a aficionarse por deambular cerca del Tíber, en la Vía Portuense siguiendo a la Vía San Michele donde solía encontrar una Trattoria y degustar un pedazo de pizza que le sabía diferente a la comida que compartía con la signora.

Una vez se aventuró por la Vía Veneto hasta la Plaza del Popolo y luego fue a desembocar a los jardines Borghese, Roma empezó a agrardarle, la antigua ciudad de los Césares, hoy ciudad de los Papas poseía rincones insospechados, lo mismo restaurantes elegantes donde acudían mujeres hermosas estupendamente ataviadas, que cafés recogidos, casi anónimos donde no discrepaban sus inequívocas trazas de religioso y podía sin ser objeto de curiosidad saborear un gelato, o un café, mientras pensaba en Claudia, contando las semanas que tardaban en llegar sus cartas siempre amables que ella le enviaba, casi siempre preguntándole sobre algunos detalles sobre la ciudad, en contraste con las misivas de su madre a quien sólo preocupaba si había vuelto a ver al Santo Padre y si era verdad que su salud estaba muy deteriorada.

Una vez, fue víctima de un verdadero espejismo, pues en la Vía San Michele le pareció encontrar a Claudia, sintió que el corazón se le escapaba fuera de la camisa, la joven tenía el mismo cabello rubio de su amiga idénticamente peinado y el rostro parecía haber sido recortado en el de la joven mexicana; Miguel se acercó a la muchacha y pasó por la rápida transición de

la sorpresa a la decepción que debieron intranquilizar a la muchacha que dejó escapar un “¡Signore!”, entre molesta y desconcertada.

Al fin, por sugerencias de la viuda decidió visitar la famosa Villa D’ Este, allí su asombro no tuvo límites y bajo la sombra verde y delicada de los árboles que circundan la suntuosa mansión, caminando entre el idílico paisaje, Miguel pensó en lo feliz que habría podido llegar a ser si a su lado marchara Claudia y tomados del brazo o de la mano, contemplaran aquella espléndida puesta de sol, disfrutando la delicia de la hora, y ambos, esposados, compartiendo cada palabra, cada sonrisa, cada momento de una vida que sin estar apartados de Dios ni de su Ley, les permitiera ir juntos por la vida, disfrutando la sin par belleza de aquel palazzo cuyos primorosos jardines resultaban realmente paradisiacos.

—¡Vaya pensamientos para un sacerdote! —Se reprochó avergonzado mirándose el inevitable traje negro que le investía como miembro de la iglesia. Se detuvo con pena en el engorro de la confesión y se puso a contar los largos meses transcurridos sin decir misa. Apenas volvió Capriani le comunicó sus deseos de oficiar; y el todopoderoso funcionario le recomendó a Santa María la Maggiore, cercana a su domicilio, donde desde luego le concedieron inmediatamente su petición: Pronto incluyó en su necesario menester otros templos como San Juan de Letrán, San Lorenzo Extra Muros, San Clemente y San Pablo, donde pese a oficiar solamente en una capilla encontraba una gran satisfacción.

Unas postales con el interior de los famosos templos romanos circularon en todo Querétaro, llenando a su madre de tan incontenible orgullo; que la indujo a cometer una indiscreción inocente. Escribiéndole: —¿Recuerdas a aquella joven catequista, bonitilla, muy rubia y con los ojos azules? ... bueno, pues cuando nos hemos encontrado me pregunta siempre por ti ¡Imagínate lo orgullosa que debe sentirse una madre al tener un hijo tan ilustre! Pero he llegado hasta a pensar que si no te hubiese llamado Dios para Sí, y no hubieras abrazado la carrera religiosa, te habrías casado con una muchacha como ella, tan dulce, tan buena...

Y Miguel al leer aquellas líneas sintió que se le clavaba una punzada en la mitad del corazón; y saliendo del despacho buscó aquietar su agitado espíritu, y por primera vez se despojó del cuello clerical buscando la libertad; fue a parar primero a la Vía Príncipe Amedeo y luego a la Piazza di Trevi, en cuya fuente se detuvo unos minutos, y luego decidió explorar la Vía Aurelia, la Montebello hasta llegar a la estación ferroviaria. ¡Ah! ¡Si hubiera entre aquella multitud de trenes un convoy que lo condujera a

Querétaro! ¡Con cuanto gusto iría en él! Pero no ... estaba en otro mundo, distante de su patria, de su amada provincia, de Claudia, de todo lo que le era familiar. El día de su ordenación él había trazado su destino y ya no era posible claudicar, a menos de ser considerado como un traidor. Pensar en aquella palabra le horrorizó.

En la Vía Vittoria entró a la Hostería Etruscana y pidió una jarra de vino. ¡Quería aturdirse! No pensar, no acordarse más de aquel drama que lo había lastimado desde siempre, de aquella obsesión que no le había dejado una sola hora de paz. El vino barato debió haberlo embriagado un poco, trató de serenarse, debía retornar a su domicilio, y aunque lo normal era que subiera a su cuarto, procurando hacer el menos ruido posible, el criado podría detectar que olía a alcohol, y despertarle la más mínima sospecha le aterró, decidió pedir un plato de pasta, el tomate le manchó la camisa, y al volver a las nueve de la noche a la Vía Cavour le explicó al sirviente que había sentido hambre en la calle y comió un bocado con un trago de vino. El buen hombre le dio las buenas noches, asegurándole que había dejado una cena fría en su habitación y al subir las escaleras un silencio cómplice y profundo se asentó en el palazzo.

Miguel escaseó sus misas, pero a la vez adelantaba en el italiano hasta llegar casi a dominarlo, fue llamado a predicar, lo que le valió con la celebridad, el disimulo.

-XIX-

Llegó nuevamente el invierno, Miguel parecía haberse acostumbrado a su rigor, Monseñor Capriani estaba en Africa desde hacia varios meses, al principio había planeado que su asistente le acompañara, pero finalmente declinó el proyecto, pues precisaba de alguien que atendiera sus innumerables asuntos en Roma y que además sirviera de enlace con la Santa Sede, entonces ¿quién mejor que el padre Miguel que con su carisma y trato deferente para superiores e iguales se había granjeado las mejores simpatías?... además la signora había llegado a tomarle tanto aprecio que lo veía como a otro sobrino más y su compañía, cuidados y atenciones se le habían hecho indispensables. —Cuando mi hijo regrese —le decía, pues ella prefería llamar hijo a su sobrino—, le espera seguramente el manto cardenalicio, entonces sí que podrá hacer mucho por usted caro mío. Entonces llegará la recompensa a su laboriosidad y a todos estos años en que le ha guardado tan probada fidelidad. Miguel le tomaba cariñosamente las manos hablándole por su título, “Signora marquesa”, lo que a ella le complacía pues recordaba la estirpe de sus mayores siempre al lado de la iglesia, pero también de la razón; la digna mujer se perdía explicándole cómo su difunto marido había colaborado activamente en la firma del concordato entre el Quirinale y la Santa Sede para establecer los límites entre el Estado y la ciudad del Vaticano. El padre Miguel la felicitaba por su extraordinaria memoria, entonces ella le pedía que a su vez él le hablara de México, de su madre que seguramente le extrañaría mucho y de su Querétaro, a lo que accedía Miguel refiriéndole con detalles acerca de la comarca, de sus bellas iglesias, y hasta de sus inocentes travesuras de pequeño y de su suerte por haber sido favorecido con la bondad de Monseñor para traerlo a Roma.

—¿Pero en verdad le ha agradado tanto nuestra ciudad? —preguntaba la signora.

—Mucho —respondía Miguel— ¡Es la capital del arte!

Y se ponía a recordar sus visitas a las Catacumbas a la Capilla Sixtina, donde Miguel Angel Buonarrotti lo había fascinado, al Museo Etrusco De Villa Giulia, al Palatino, a las Termas de Diocleciano y Caracalla, al Museo del Capitolio, al Panteón, y sobre todo al Museo Vaticano donde aquella profusión de obras maestras de Tintoretto, Veronés, Fray Angelico, Rafael, Perugino, Coreggio, Caravaggio, Durero, Giotto, Pinturicchi, y tantos otros geniales pintores flamencos, italianos, españoles y franceses.

sorprendieron sus ojos y sus horas; entonces ebrio de cristos, de dolorosas, de magdalenas, de olimpos y de paisajes, de mármoles y de colores, de papas, de místicos, de santos, de sabios y de locos, de profetas y de mártires, de príncipes herejes y reyes cristianos, de evas opulentas en paraísos insospechados, o de Venus saliendo de las aguas; el delirio por la belleza volvía a estremecerlo, la emoción por el arte tornaba a encandilarlo, induciéndole a reverenciar el eterno mecenazgo de la iglesia, la eterna protectora del talento, la más portentosa de las instituciones occidentales, la impar salvadora del progreso y conservadora de muchas de las grandes realizaciones de la humanidad. ¡Ah la victoriosa, la triunfadora invicta! ... y él, pertenecía a ella, aunque ínfimo e intrascendente era un tornillo de aquella maquinaria todavía poderosa, capaz de producir a la vez pontífices virtuosos y guerreros indomables, humanistas y creadores, músicos, orfebres, escultores, arquitectos, filósofos y poetas.

Un rápido viaje a Florencia y las obligadas visitas a la Galería Uffizi y al Palacio Pitti le condujeron a una nueva conclusión, mucho más desconcertante cuanto mayormente la sintió inapelable: la mujer era el arte, y sólo por ella existía. El mármol, el pincel, el verso o la música no eran sino motivos para reverenciarla. ¡Y en su mente la mujer volvía a ser el todo, la creadora, la instigadora, la depositaria del amor y de la vida, de la felicidad y de la desgracia, de la soledad y de la tristeza! Y los cromatismos del pincel, la tersura de los mármoles, la magia de las armonías, la rima de los versos, eran el homenaje al Eterno Femenino, a la Eva inmortal que parecía latir, vivir, en cada lienzo, en cada vitral, en cada Pietá de Miguel Angel, en cada virgen de Botticelli, en cada ángel; y hasta la fe que era la sublimación del credo era también femenina y aun las cúpulas de las basílicas semejabán los senos abombados de una madona o mejor todavía, los vientres fecundos. Y Mujer e Iglesia eran dos entidades femeninas en cuyo seno Dios quiso preservar y engrandecer Su obra creadora, plasmando en el maravilloso vientre cósmico Sus glorias de arquitecto, y Su sensibilidad de artista.

De regreso a Roma y sin hacer mucho caso de la nieve que había empezado a cubrirla con su manto visitó la Villa Medici, el castillo de San Angelo desde donde se arrojara Fiora Tosca y el Arco de Tito que lo condujo de la mano hasta una época esplendorosa cuyas ruinas diseminadas entre las colinas atestiguan la gloria en cada piedra negrusca.

Miguel comenzó a gustar de los romanos, un pueblo de conquistadores que se convirtió en una legión de religiosos y de artistas. Y ahí estaban para muestra sus cuatrocientas iglesias sin contar las basílicas patriarcales,

las sesenta y cinco iglesias cardenalcias y las basílicas menores: Santa María en Comedín, San Lorenzo in Luccina, San Lorenzo in Damasco y San Juan de los Florentinos... y el poeta que había en él, cuya cuerda yacía apagada o muda mas no inservible, se esforzaba en describir a Claudia el fausto de los palazzos Doria o Venecia o la Plaza de la Colonna en cuyo centro se yergue la Columna Trajana

-XX-

Un hecho sin embargo vino a turbar seriamente el relativo sosiego del padre Miguel, Claudia empezó a espaciar sus respuestas, y las ansiadas misivas se fueron haciendo escasas y breves, y al terminar el invierno mientras las ráfagas del viento levantaban a las algodonosas nubes grises, Miguel que circulaba en el calendario los días en que recibía noticias de su amiga, constató que habían pasado cuatro meses desde que le había enviado una escueta postal de Navidad.

Estaba por entrar la primavera pero al sacerdote mexicano el mundo se le había vuelto insoportablemente triste. Una brisa fresca lo sorprendió una madrugada en que deambulaba solo por el Trastíbere, hundido en conjeturas se preguntaba si Claudia se encontraría enferma, o si su silencio obedecía a algún problema familiar que le atañía, días antes había escrito a su madre preguntándole por la joven; aquel interés demasiado reiterativo bastó para que la pobre mujer aunque torpe e ignorante dedujera casi con horror que su hijo, un sacerdote, estaba enamorado de Claudia; y no supo qué responderle, pero a la vez las visitas de la muchacha antes tan frecuentes se fueron espaciando al grado de no volver a saber nada de ella.

Una tarde Claudia se presentó intempestivamente y con estudiado descuido le participó la noticia: estaba de novia e iba a casarse. La anciana admitió que la joven obraba cuerdamente, aunque le alcanzó a percibir cierto desgano, que atribuyó a que según su comentario, su novio era un hombre mayor; antes de despedirse le entregó la invitación para la ceremonia religiosa, pero al abrazarla efusiva aunque brevemente, pudo apreciar ya sin lugar a equívocos, que la que sin duda iba a ser una flamante novia no parecía feliz con el acontecimiento.

Cuando se marchó, se dispuso a contestar a su hijo para responder a sus preguntas, y con un disimulado comentario, participarle la noticia.

Aquella mañana al regreso de Miguel al palazzo fue recibido con la misiva de su madre; leyó la carta y pretextando un intempestivo dolor de cabeza fue a refugiarse dentro de su cuarto. La revelación lo turbó seriamente, y aunque trató en vano de serenarse y de admitir el obvio derecho de la joven de amar, de casarse y seguramente de ser madre y tener hijos; una profunda amargura a la que debió añadirse el dardo de los celos, se asentó en el infeliz sacerdote.

Para colmo de males Capriani había teleografiado horas antes que regresaría sólo después de algunos meses, retenido por asuntos que requerían incondicionalmente su presencia, en cambio, esa misma mañana Miguel debía presentarse al Colegio de Cardenales y recoger importantes documentos para su jefe.

En el comedor la signora marquesa lo aguardaba para el desayuno, Miguel intentó excusarse pero la aristócrata dama se habría sentido ofendida si no la hubiese sorprendido la extrema palidez de su huésped.

El secretario se escabulló como pudo y salió para cumplir la encomienda, pero a cada paso sentía que las piernas le flaqueaban y sólo mediante un gran esfuerzo logró desempeñar la comisión que se le había pedido.

Abandonó las oficinas cardenalicias y se quedó a la mitad de una calle sin saber qué hacer, hasta que un automovilista que se había detenido seguramente a insultarlo, consternado por el aspecto del religioso le preguntó qué le pasaba y si podía ayudarlo en algo. Miguel apenas respondió y siguió caminando por las calles sin rumbo fijo.

Estaba frente a las ruinas del Coliseo, un verdadero enjambre de turistas merodeaba a su alrededor, grupos de mujeres tomaban fotografías, hablando diez idiomas y obligando a sus guías a repetir una vez más la misma historia, pero él apenas vio a ninguna, todas las mujeres italianas o extranjeras, santas o mundanas, jóvenes o viejas le eran indiferentes, entonces concluyó que su escapatoria en pos del arte había sido en resumidas cuentas una vana ficción, su extraordinaria capacidad de fantasear le había hecho verla en los rostros de cecilias, teresas, magdalenas, o acaso en las vírgenes del martirologio que posaban su casta desnudez en las arenas de aquel circo neroniano, y que se alojaban en los cuadros, en los mármoles, en los gobelinos; mas todas ellas, eran una sola ¡Claudia! la que ahora pertenecía a otro, la que nunca había podido ser suya, pero a la que continuaba amando con toda su desesperación; la que contenía en su carne aquella pasión devoradora, la que había sido desde siempre su pensamiento tenaz y cuyo amor era lo único que en realidad necesitaba.

Aquel inseparable amor era también su camarada, su demonio, su pecado y su expiación, su intranquilidad y su sosiego, su confianza y su duda, su credo, su afán, su vida íntima y real, ¡y todo lo demás había sido falso! Su búsqueda obsesiva por la vocación y por la gracia, su abnegación con los desamparados, su celo por los fieles, su amable compasión por el párroco gotoso de Calvillo, su diligencia en los asuntos de Capriani, su

obsesivo empeño por estudiar, por aprender, por saber, deslumbrar y vencer; su puntualidad y hasta su devoción. ¡Nada había sido sincero en su vida! ¡Todo sí, una inmundada farsa, una pose teatral, una actuación circunstancial bien aprendida como la que desempeña un actor hábilmente caracterizado y mejor entrenado en el secreto escénico; en cambio, no eran hipócritas su afición por las artes, su apego por la música, aunque se tratara de las austeras melodías del órgano, su facilidad de conmoverse cuando escuchaba en el confesionario las historias sentimentales de los creyentes. De pronto, aquel recuento de su vida y de su personalidad le embargaron causándole un profundo malestar; comprendió que en su conflicto nadie excepto Dios podía ayudarle y se puso a esperar en Su gran misericordia. Sólo Él podía cambiar su corazón y su destino. Pero seguramente estaba demasiado lejos y enojado por su debilidad. Entonces, se puso a pensar en Cristo ¡Ah! ¡Si Cristo viviera físicamente como cuando vagaba por la Galilea o por las riberas del Jordán! Él, que siendo Dios también era hombre, seguramente podría comprenderlo y perdonarlo. El sólo podía ser el único! ¡Pero lo habían muerto en una cruz!

-XXI-

Pasaron algunos meses Capriani volvió y encontró a su diligente secretario apesadumbrado y triste; aunque como siempre eficaz y hasta brillante.

Miguel continuaba desempeñando sus comisiones sin tacha alguna, pero su superior, conocía demasiado bien a los hombres, y una tarde que tomaban el té, mientras la signora dormitaba sobre la mesa, le dijo de pronto:

–Padre, la nostalgia es una enfermedad incurable a la que en ocasiones es muy difícil sustraernos.

Miguel sorprendido preguntó:

–Monseñor ¿He faltado en algo a mis deberes? ¿No he correspondido debidamente a su protección y a la gratitud que le debo?

–Bien sabe usted que ha cumplido con creces, y que estoy satisfecho y agradecido.

–Entonces...

–Entonces, ha llegado la hora de su decisión.

–Mi decisión será siempre cumplir con mi deber. Continuar sirviendo a la Iglesia y a Su Excelencia.

–Bien, reconozco que habla el soldado disciplinado, pero.

–Pero...

–El Santo Padre que insistía en mostrarme su bondadosa predilección otorgándome el manto cardenalicio, se ha convencido de que mejor que retenerme en Roma, hago falta a la causa de la Iglesia en aquellos países donde la fe de Cristo es aún vacilante. ¿Quiere usted seguirme? ... ¿O desea mi influencia para obtener un puesto en la Curia acorde con su talento y su preparación? ...

Miguel guardó silencio.

–Entonces... –dijo Capriani– ¿Debo entender que prefiere usted regresar, y continuar sirviendo a Dios en su patria, cerca de los suyos?

–Un sacerdote no tiene patria ni familia –respondió Miguel– sólo tiene el deber, el ministerio, la iglesia.

–¿Pero ... y un hombre? ¡Ante todo seguimos siendo hombres! ¡Hombres de Cristo, pero también humanos! –contestó Capriani.

Miguel enrojeció y guardó silencio... Monseñor resultaba más que un psicólogo, un mago; uno de esos seres extraordinarios a quienes les ha sido concedido el don de la clarividencia; aunque realmente no era así; porque el prelado mismo se sentía en el fondo decepcionado, no sólo de su protegido, sino hasta de la propia intuición que creía poseer y que suponía le ayudaba a transparentar las almas y los pensamientos de cuantos le rodeaban; no obstante esta vez algo había fallado, algo que él con su vasta experiencia y sabiduría, no había conseguido detectar plenamente, y que se alojaba, como el cieno de un lago, en lo más profundo del alma de su colaborador; aquel lastre que seguramente debía ser contrario a los deseos de su protegido, a su voluntad misma, lo invalidaba para el servicio de Dios, quien exigía renuncia y entrega total. Y lamentó que su perspicacia no le hubiese ayudado para encontrar a tiempo aquella fisura oculta que al final detectaba demasiado tarde, entonces consideró que era mejor olvidarla y que aun si hubiera conseguido llegar a suponerse algo, o descubrirlo mediante el secreto de la confesión, era preferible respetar el silencio de Miguel; y con una fría bendición que tenía mucho de convencional le despidió, no sin entregarle un cheque amparando algunos cientos de dólares y un pasaje para México vía Francfort...

La meteórica carrera del padre Miguel había llegado a su fin. Entonces regresó para volver a ser un modesto sacerdote, aunque eso sí, precedido de una fama de extraordinario predicador.

-XXII-

Cristo está a punto de expirar en la cruz. Con la respiración silbante y la cabeza inclinada, ve aproximarse el final de su hora y gime; y con Él gime toda la naturaleza, el viento del desierto sacude árboles y palmeras violentamente. El cielo se ha encapotado y lanza imprecaciones de trueno y relampagueantes amenazas a los hombres injustos que han pagado con el crimen la predilección del Padre, quien permitió generoso y magnánimo la venida del Hijo Único al mundo, para enseñar la doctrina del amor y de la paz.

Y he aquí que los humanos lo hemos devuelto al Padre: escarnecido, burlado, horriblemente maltrecho por la saña de nuestra soberbia, por la crueldad de nuestra sordera, por la hipocresía de nuestra intransigencia.

Las palabras de los profetas se han cumplido, pero los hombres no hemos despertado. En vano el Hijo de Dios enseñó al mundo, en vano sus parábolas, sus milagros, su humildad y su paciencia, sus ayunos en el desierto. Los hombres lo hemos crucificado. No nos ha conmovido su mansedumbre, ni nos ha despertado la piedad Su suplicio; el anuncio de Su regreso con todo Su poder y gloria, no nos han hecho temerle. No nos han ablandado Sus milagros, ni nos ha enternecido Su amor.

Y la naturaleza se rebela ante nuestra injusticia. La tierra se abre en una horrisona mueca de asco con la que vomita los restos podridos de los hombres sordos amenazando atragantar a los vivos por su perversidad. El sol se oculta arrepentido de prodigar la vida a la raza humana, que no merece recibir la luz de sus rayos ni el fecundante prodigio de su calor. El mar encrespado se subleva y entre el temblor de la tierra clamando la destrucción de los verdugos, se trasluce terrible la indignación de los astros, de las galaxias, clamando a su Hacedor el castigo para tanta maldad, y las aguas se desbordan prestas para otro diluvio y el viento que aúlla enfurecido exige licencia para arrasar a los malvados, y el fuego de los cráteres, expulsado desde el vientre furioso de la tierra revienta amenazando calcinar los corazones de acero y el planeta se niega horrorizado a continuar albergando las serpientes humanas más dañinas y venenosas que los mismos ofidios que al menos temen a Dios y son agradecidos de su gloria y obedientes a hacer Su voluntad.

Pero sobre el estrépito de los vociferantes elementos que expresan la angustia y la cólera del Padre, se escucha la voz doliente del Hijo amado, quien extrae de sus últimas fuerzas, de su garganta seca el grito sublime del perdón, el perdón que salva a los humanos de las más espantosas calamidades y del caos, el que detiene la furia de los astros, el que evita que estallen los planetas, choquen meteoritos o sobrevengan los más espeluznantes cataclismos.

–¡Perdónales Padre, perdónalos! ¡Por ignorantes! ¡Por débiles! ¡Por crueles!

Y el Padre volvió a escuchar a su Hijo muy amado, al Hijo objeto de todas Sus singulares complacencias y tuvo piedad y perdonó.

Y por el perdón del Padre y el sacrificio del Hijo, se consumó mediante el pago de su sangre preciosa, el don maravilloso y sublime de la Redención.

Se había aplacado la cólera divina, y su enojo de siglos por la desobediencia adánica se diluía ante el santo heroísmo del más amante y obediente de los Hijos, del más puro, humilde y valeroso, de Aquel que trocó su divina estirpe insubstancial y eterna por el efímero ropaje encenagado de la carne despótica y contaminada de los hombres. ¡Y quiso vivir y morir como ellos! ¡Y quiso palpar en su Divina persona las flaquezas humanas, las pasiones, el dolor y la muerte! ¡Y quiso retornar a Su Padre a través del hombre, del sufrimiento y de la muerte! Porque Cristo, caros hermanos, nos legó con la promesa de la vida futura, con el incalculable tesoro de la fe, con el ejemplo de su vida abnegada como ninguna, el camino abierto para obtener con la inmortalidad la herencia sublime del amor. ¡La más sublime de todas las premisas! ¡La más santa de todas las aspiraciones divinas y humanas.

Y el padre Miguel, con la voz quebrada por la emoción, los brazos abiertos, las sienas febriles, hablaba desde el púlpito, de ese amor que cual una insondable quimera, como una aspiración impetuosa, torturaba sus días y obsesionaba sus horas

Y sin lograr evitarlo detuvo el pensamiento en la cabellera roja que secó los cansados pies del Maestro Peregrino, en los ojos ambarinos preñados de lágrimas que le miraron clavado en el madero.

Y admiró al Cristo no solamente por ser Dios, ni por ser único, ni siquiera por ser además un inigualable taumaturgo; sino porque en Su santidad había resistido vivir solo, huérfano de una caricia, de un beso femenino.

Lo idealizó porque había vivido sus treinta y tres años entregado absolutamente sin perturbación ninguna a su divino ministerio, resignado con su suerte de célibe y de mártir. Porque había sabido renunciar al amor profano, carnal, imperioso, Él quien personificaba al amor mismo.

Miguel sintió angustia por su flaqueza e intentando justificarse recordó que Jesús era Dios y él solamente un pobre hombre, miserable y pecador. Él no poseía la templanza, la fortaleza, la sabiduría, la resignación de aquel Cristo cuyos días fueron un abreviar casi continuo el amargo acíbar de la soledad ¡Tan amarga quizás cómo el cáliz de los Olivos! Y sólo por Cristo acrecentaba su fe, y sólo por Cristo olvidaba la intransigencia de una ley absurda e injusta: la del celibato, y sólo por Cristo la primera víctima de las leyes y los códigos, apuraba a su vez aquella copa de recuerdos dolorosos, de angustias sin reposo, de soledades y de ausencias, de desamor y de desesperanza.

-XXIII-

Cristo pronuncia la última de las siete inmortales palabras. Su grito ronco, extraído de las postreras fuerzas, apoteosis de la agonía, conclusión de su vida de sacrificio, brota de los cárdenos labios con crispante desesperación. ¡Todo está consumado! ¡Todo! ¡Sus nervios y Su sangre! ¡Sus músculos y sus huesos! ¡Su voz de Profeta! ¡Su misión de Maestro! ¡Y Su vida expira en el amor! ¡Él, quien ha vivido por y para el amor! ¡Su lucha, su doctrina, su más vigoroso anhelo ha sido amar y morir por los hombres! Por amor a ellos ha venido al mundo. Por amor a ellos se ha dejado matar para reconciliarnos con Su Padre. Por amor a Su Padre ha obedecido. Por amor ha perdonado. Por amor ha dejado al marcharse, el legado inmortal de Su Evangelio y el tesoro de Su paz. Por amor nos ha enseñado a orar para ser escuchados por el Padre celestial. ¡Cristo es el verdadero campeón del amor y Su máxima misión es habernos enseñado a amar, sin aguardar recompensas, sin reticencia, ni cálculo ¡Sin otro fin que el amor mismo! Nuestra vida, hermanos en Cristo, empieza en el amor, pues sin él no hubiéramos nacido y en su eterna búsqueda, en el afán de encontrarlo, en el ansia de entregarlo, y aun de padecerlo, y de llorar por él, seguimos la huella de ese Cristo unívoco, portentoso, que desde los brazos abiertos de la cruz nos abrasa con la llama de Su amor inconmensurable, cuyo fuego abarca todos los seres de las latitudes y de los tiempos.

Y el grito del amor divino vibró en el templo, suspendió el aliento y como el eco que se multiplica en un abismo, se extendió por las bóvedas, inundó las cúpulas, retumbó en los nichos, conmovió las imágenes, asombrando a los serafines militantes que ciñeron doblegados sus espadas de fuego.

Y el culto de la edad esenia renació, la devoción aletargada volvió a resucitar, la tibieza, la indiferencia, la herejía, el escepticismo se metamorfosearon en sinceros arrepentimientos, en plegarias dolientes; ya no eran los miedos caducos por los espantables tormentos del infierno, era esa capacidad de ternura que se suele apagar para no aparentar debilidad, para no parecer ridículos, y que afloraba de pronto en los corazones al fin ablandados, en las tibias voluntades de pronto despertadas.

Eran la compasión y la piedad las que al fin habían logrado hacer vibrar las más preciosas cuerdas humanas, ante la acrisolada bondad de un Dios que premiaba con Su amor y con Su sangre el olvido y el pecado.

Entonces los feligreses se volvieron mansos, y así temerosos, humildes, avergonzados por su mezquinidad ante el cruento sacrificio del más grande de los hombres y más humano de los dioses; se trocaron en ovejas temblorosas que prometiendo obediencia retornaban al redil, asustadas ante los aullidos del lobo que llevaban dentro. Eran las hormigas, cuyo licencioso peregrinaje las había apartado en pos de profanas seducciones y que cansadas y ateridas en la orfandad tornaban prestas al orificio de donde emergieron. Y por la confusa mente de los letrados y de los ignorantes, de los poderosos y de los miserables, de los devotos y de los indecisos se posó como el haz de un rayo celestial, la gracia de la fe y aquel Cristo brutalmente herido, sinopsis de todos los martirios, aquel Rabí dulcísimo enjambre de todas las abnegaciones, víctima de todas las injusticias, desentumía su desgano motivándoles a odiar a aquellos asesinos farisaicos, a los esclavizadores romanos, verdugos sin conciencia; mas luego, cuando el hábil predicador les inducía a caer en la cuenta de que los humanos con el pecado volvíamos a herir las carnes divinas ¡Oh, qué conflictos surgían! ¡Qué conversiones! ¡Qué arrepentimientos!

Entonces el padre Miguel lloraba con ellos, sin cuidarse de que sus lágrimas resbalaban por sus mejillas pálidas, porque al narrarles las tristes peripecias del amor divino, se despertaba también desde su soledad el clamor dormido por el amor humano.

Y mientras sus labios repasaban el Vía Crucis de Jesús, su espíritu tercamente se desdoblaba caminando por el también agreste camino de su vida.

Y he aquí que el Dios crucificado y el ministro indigno habían padecido por el mismo motivo, habían sido arrastrados por idéntica obsesión y traspasados por idéntico dardo. El Dios eterno y el ministro infiel convergían. ¡Ambos habían padecido por amor! El uno por un amor de dioses: vasto, profundo, inconmensurable, el otro, por el amor de una mujer: pequeño, limitado, pasional, pero también cruel y doloroso. ¡Y Miguel se sintió un seguidor del Gran Mártir!

Sin compartir la tierra galilea, en su terruño, él también había peregrinado buscando entregar su corazón henchido de ternura.

Su Getsemaní había sido su renuncia a ser feliz.

Su Gólgota no fue aquella infame loma trocada en lugar santo y venerado, sino su vida sombría de sacerdote sin vocación.

Su cruz no fue un leño de madera, como la que el Salvador había llevado a costas para expiar el pecado de los hombres, fue un haz de astillas punzantes hechas de angustias y silencios, de soledad y de amarguras.

¡Y el padre Miguel lloraba!

En el altar se evocaba el drama magnífico de Dios.

En su interior el drama miserable de un hombre.

En el Cristo sangrante se erguía la enorme fortaleza de un predestinado nacido para una obra titánica.

En el infeliz mortal sólo palidecía la debilidad de un pobre enamorado del amor atado a una argolla de imposibles.

Y Miguel supo que el mayor sacrificio de los sacerdotes no eran la abnegación, el desprendimiento de las cosas materiales, la caridad, el deber de escuchar diariamente la larga fila de atrocidades de los hombres contra su Creador, ni el trabajar sin recompensas materiales, ni el bregar de un lugar a otro, ni el pertenecer a una especie distinta a la que se miraba con una mezcla de superstición y respeto, el vestirse diferente, el vivir de otra manera, el permanecer frecuentemente sujeto al contagio de los enfermos y de los moribundos, el llevar una vida de renunciaciones y llena de privaciones, el compartir el infortunio de los ancianos, de los desheredados y de los huérfanos, de los sucios, locos, apesados; ni el de intentar en ocasiones inútilmente, convertir herejes o rescatar matrimonios malavenidos o interceder por los presos, ladrones o criminales; o enderezar mujeres descarriadas y seres enfermos de egoísmo ... el supremo sacrificio consistía en vivir solos, la renuncia más dura era el aceptar vivir sin amor, necesítándolo tanto como cualquier otro ser humano, anhelándolo con esa obsesión de preso por la libertad o de enfermo por la salud.

Entonces presintió que se aproximaba su hora final. ¡Su verdadera hora!

Una ola de espantosos remordimientos debió asustarlo, un despunte de llamas insepultas avivaron las cenizas hirviendo en su sangre.

Se sintió indigno y culpable.

Y desde el púlpito, como ante un mar sin faro clamó desde lo más recóndito de su corazón por la piedad divina Y entre el estremecimiento de su delirio se arrodilló también ante el Inmenso Solitario para implorarle el don de la paz y del perdón.

El perdón por su deslealtad, porque habiendo nacido tan intensamente arraigado a las cosas de la tierra tuvo la osadía de llamar al cielo.

Él, cuyo efímero paraíso, se limitaba a las siete letras que formaban un nombre de mujer tuvo el imperdonable atrevimiento de pretender escalar la gloria inmortal.

¡Y al final no obtuvo lo uno ni lo otro!

Cansado, extenuado, sudoroso, había dejado por fin, bajo un retórico disfraz su confesión de amor en los oídos de la mujer querida.

Sus ojos la buscaron y sus miradas volvieron a encontrarse; y ella, cual un ave espantada, lo miró intensamente y luego huyó los ojos, bajó los párpados e inclinó el rostro.

La femenina intuición con la que nacen las mujeres le descubrió de pronto la biografía tormentosa de aquella pasión y profundamente asombrada, conmovida, hebetada por aquel amor cuya fuerza de vendaval, cuya rebeldía a morir, cuya angustia de ser a pesar de todo se le revelaba, con un gesto que aparentaba ser piadoso se llevó las manos al rostro desconsoladamente, y el anónimo acompañante, compungido por aquel devoto ademán le acercó un pañuelo para que enjugara las lágrimas. ¡Oh, los ciegos maridos, tan cerca del cuerpo de sus mujeres, tan lejos de sus almas, tan extraños a su auténtica intimidad!

Miguel sintió que el agujón de los celos le trituraba las entrañas, y la volvió a mirar para beberla con los ojos. Luego, bajó del púlpito: roto, cabizbajo, como bajan la cuesta de la vida los vencidos del amor. En aquella hora habían concluido su falsa virtud, su estoicismo, su elocuencia. ¡Estaba vencido!

Los feligreses empezaron a abandonar el templo.

Miguel se encaminó hasta la sacristía medio oscura, maquinalmente se despojó de la sotana que dejó caer con indiferencia, apenas se percató de que con ella rodaron silenciosos: las citas, las frases, toda su genialidad retórica en la que envolvió siempre su ficticia personalidad y con la tristeza que debe acompañar a las cosas irreparables, comprendió que Dios no le había querido allí, luego, con un gesto de cansancio infinito en el que encerró una vida para la que no había nacido pues no la comprendía, se ocultó bajo la camisa su cruz dorada de sacerdote.

El reencuentro con Claudia aquella tarde le hizo ver la inutilidad de su existencia.

De nada habían servido ni su aspiración de apóstol, ni sus anhelos de santo; ni su devoción, ni su virtud. Nada había conseguido apartarlo de aquella obsesión maravillosa y terrible, dulce y angustiosa, refinadamente cruel, supremamente bella.

Y para evitarse el saludo de sus feligreses con el consabido cúmulo de preguntas sobre su larga ausencia en Roma, salió por la puerta trasera del templo.

La noche era calurosa; y aunque él se había limpiado repetidamente el sudor, se sentía abochornado.

Una vez más volvió a quitarse el cuello de clérigo y se fue caminando hasta las afueras de la ciudad.

Repentinamente sintió que la lucidez llegaba hasta su cerebro. Una ola de aire fresco le acarició benignamente el rostro.

Un hombre es sólo en la vida –pensó– lo que Dios quiere que sea; porque no hay nada que ocurra en el mundo que no quiera Dios que así pase, porque todo obedece al plan de Dios ¡Y a Dios debemos agradecerlo con nuestra verdad! Un hombre no puede llamarse tal, a menos de que realmente lo sea y para ello es preciso que ante todo sea honesto. Porque lo que el hombre pueda llegar a ser, debe hacerlo bien, con sinceridad absoluta. Lo que haga debe hacerlo para exaltar la gloria y el poder de Dios. Más he aquí que lo único que él sabía hacer era amar!

Si realmente Dios lo hubiera querido sacerdote lo habría hecho limpio, entregado, fuerte. ¡Cómo fueron los primeros padres de la iglesia!

Y Miguel se explicaba tarde la mística melancolía de su adolescencia, y su desmedida afición por la belleza.

Había abandonado la ciudad. La noche lucía espléndida, un olor a campo le llenó los pulmones.

Mientras hundía sus zapatos en la yerba se detuvo a pensar en su adorada Claudia. ¡Ah! ¡Cómo quisiera seguirla amando en silencio, pero sin los estigmas del doblez, del engaño, de la traición! ¡No se engañaría, ni la engañaría, ni engañaría a nadie más!

Libre de sus votos, al menos volvería a ser sincero. Caminaría solitario por la vida sin ventura, sin esperanza, pero sin tener que llamarse Judas, como el apóstol maldito ... sino simplemente Miguel, el enamorado del imposible.

¡Había nacido para ser sólo eso!

Y aunque se había pasado la vida leyendo libros piadosos, nunca había tenido piedad de sí mismo.

EPÍLOGO

Pobre corazón enfermo, pobre mente contagiada de la fiebre que no perdona. Pobre sangre inoculada con el virus para el que no se ha inventado todavía ninguna cura. Anhelaste refugiarte en el amor y no tuviste el coraje de atraparlo; buscaste el cobijo de la religión y te faltó la convicción de la renuncia.

No fuiste fiel a nada, sólo un vulnerable ser humano atormentado y mediocre. No serviste para esclavo del amor, ni para soldado del deber. Sólo llegaste a ser eso: un ser híbrido, vástago de un padre alcohólico y una madre atacada de neurosis, pero hijo más bien de eso que los poetas llaman la quimera y los hombres califican desdeñosamente de locura.

Pero si supieras ...

Si tuvieras el don de la clarividencia, la visión extramuros de esos santones hindis, capaces de atravesar los tiempos y las geografías en sus viajes cósmicos; y cuyos secretos intentabas penetrar para desenmascarar su mentira ... podrías verla y entonces...

—La naturaleza inmutable a esos cotidianos dolores del amor alzó el disco dorado del sol.

La aurora inundó de luz el valle. Luz blanca cual el niveo traje de una desposada.

La masa anónima llamada marido se quedó dormida, inmersa en esa inocente animalidad que no puede asomarse a lo profundo.

Claudia ha pasado en vela toda la noche, vigilando aparentemente el reposo de su pequeño hijo.

El niño se ha quedado perdido entre el sueño y mordiéndose una mano aguarda el alba de la vida.

A las diez de la mañana, las campanas de todos los templos, han sonado con una ruidosa algarabía anunciando el Sábado de Gloria.

En la catedral un juguetón esquiloncillo ha proclamado la resurrección de Cristo, entonces, por las mejillas de Claudia, abrasadas de fiebre, se han resbalado dos lágrimas que han caído sobre la manta que cubre al pequeñuelo.

Si supieras ...

¡Unos ojos divinos, dulcísimos, han llorado por ti y para ti!

Si supieras.

Dios hizo en ti el máximo de sus milagros.

A cambio de tu vida sin sosiego y sin compañía.

Si supieras ...

¡Has sido intensamente amado!